

EUGENIA DE FRANVAL

Historia trágica

D. A. F. Marqués de Sade

(Colaboraron en la revisión de este texto: Marta Sancho, Raquel Sandoz, Loreto

Paredes y Héctor Montecino)

(c) Proyecto Espartaco 2000 - 2001

(<http://www.espartaco.cjb.net>)

El único motivo que nos mueve a escribir esta historia es la instrucción de la

humanidad y el mejoramiento de su modo de vida. Es de desear que todos los lectores

descubran el enorme peligro que siempre corren aquellos que hacen lo que quieren para

satisfacer sus deseos. Que puedan convencerse que la buena crianza, las riquezas, el

talento y las dotes naturales sólo sirven para desviar al individuo cuando la limitación, la

buen conducta, la sabiduría y la modestia no están allí para sostenerlos o utilizarlos de

la mejor manera: éstas son las verdades que vamos a llevar a la acción. Que no sean

perdonados los detalles poco naturales del horrible delito que nos veremos obligados a

relatar; ¿acaso es posible que estas desviaciones sean detestables si uno tiene la valentía

de presentarlas abiertamente?

Es raro que en un mismo ser todo armonice para conducirlo a la prosperidad; si ha

sido favorecido por la naturaleza, la fortuna le niega sus dones; si la fortuna es liberal

con sus favores, la naturaleza lo trata mal; pareciera que la mano del Cielo deseara

mostrarnos que en cada individuo, como en sus acciones más sublimes, las leyes del

equilibrio son las primeras del Universo, las que simultáneamente regulan todo lo que

pasa, todo lo que vegeta y respira.

Franval, que vivía en París, donde había nacido, poseía, además de una renta de

400.000 libras, la más hermosa figura, el rostro más agradable y los más variados

talentos; pero por debajo de este exterior atractivo yacían ocultos todos
los vicios, y
lamentablemente aquellos cuya adopción e indulgencia habitual
conducen tan
rápidamente al delito. La imaginación más libre que nadie pudiera
detallar era el primer
defecto de Franval; hombres de su calidad no se enmiendan, la
declinación del poder los
empeora; cuanto menos puedan hacer, tanto más emprenden; cuanto
menos logran, tanto
más inventan; cada edad acarrea nuevas ideas, y la saciedad, lejos de
enfriar su ardor,
sólo prepara el camino para refinamientos más fatales.
Como decíamos, Franval poseía en cantidad todas las amenidades de la
juventud,
todos los talentos que la realzan, pero puesto que mostraba el mayor
desdén por las
obligaciones morales y religiosas, fue imposible que sus tutores le
hicieran adoptar
ninguno de ellos.
En un siglo en que los libros más peligrosos están en manos de los niños
como en
las de sus padres y maestros, cuando la temeridad de la contumacia se
considera
filosofía, la falta de creencia, fortaleza y la licencia, imaginación, el
ingenio del joven
Franval era recibido con risa, poco después se lo reprendía por el mismo,
y finalmente se
lo elogiaba. El padre de Franval, gran partidario del ergotismo de moda,
era el primero
en impulsar a su hijo para que pensara seriamente en estos asuntos; él
mismo le
facilitaba todos los trabajos que pudieran corromperlo más rápidamente;
¿qué maestro
3
hubiera osado, después de esto, inculcarle principios diferentes a los de
la casa donde
estaba obligarlo a agradar?
Pero Franval perdió a sus padres cuando todavía era muy joven, y a la
edad de
diecinueve años un viejo tío, quien murió poco después, le asignó al
arreglar su
casamiento, todas las posesiones que algún día iban a pertenecerle.
Monsieur de Franval, con semejante fortuna, pronto encontraría una
esposa; un

número infinito de candidatas se presentó personalmente, pero puesto
que él solicitó al
tío de entregarle solamente un niña más joven que él, y con la menor
cantidad posible de
gente que la rodeara, el anciano pariente, para satisfacer a su sobrino,
hizo recaer su
elección sobre cierta mademoiselle de Farneille, hija de un financista,
quien sólo tenía su
madre, todavía joven, pero con 60.000 libras de renta; la niña tenía
quince años y poseía
la más deliciosa fisonomía de París en aquel tiempo... uno de esos
rostros virginales, en
los que la inocencia y el encanto se funden en los trazos delicados del
amor y las
gracias... delgado cabello rubio flotaba hasta más abajo de su cintura,
enormes ojos
azules que expresaban ternura y modestia, una figura estilizada, flexible
y grácil, con
una piel color de lila y la frescura de la. rosas, talentosa, de vívida
imaginación, pero con
cierto aire de tristeza, algo de esa suave melancolía que lleva al amor
por los libros y la
soledad; atributos éstos que la naturaleza sólo parece otorgar a los
individuos a quienes
su mano conduce a la desdicha, como para hacerla menos amarga, a
través de la sobria y
emocionante voluptuosidad que ellos experimentan al sentirla, y que los
hace preferir las
lágrimas al goce frívolo de la felicidad, mucho menos efectivo y
penetrante.
Madame de Farneille, quien contaba con treinta y dos años cuando su
hija casó,
también era espiritual y atractiva, pero quizá demasiado reservada y
severa; puesto que
ansiaba la felicidad de su única hija, consultó a París entero acerca de
esta unión; y dado
que ya no tenía parientes y sus únicos consejeros eran algunos de los
viejos amigos para
quienes todo era indiferente, la gente la convenció de que el joven que
se ofrecía a su
hija, era, sin lugar a dudas el mejor que podría encontrar en París, y que
cometería una
locura imperdonable si no consentía la unión; por lo tanto ésta se
celebró, y los jóvenes,
que eran lo suficientemente ricos para tener su propia casa, se
instalieron en ella de

inmediato.

En el corazón del joven Franval no había cabida para los vicios de la
frivolidad, es
decir, el desasosiego y la estupidez que impiden que un hombre se
desarrolle plenamente
antes de los treinta años. Se conocía a sí mismo perfectamente, gustaba
del orden y era
perfectamente capaz de llevar adelante una casa. Franval poseía todas
las cualidades
necesarias para este aspecto del placer de la vida. Sus vicios, de una
especie totalmente
diferente eran antes bien los errores de la madurez que la incoherencia
de la juventud...
astucia, intriga..., malicia, bajeza, egoísmo, mucha diplomacia y ardid,
mientras que todo
estaba oculto no sólo por las gracias y talentos ya mencionados sino
también por la

4

elocuencia, el ingenio infinito y por el aspecto exterior más seductor.
Este es el hombre
que vamos a estudiar.

Mademoiselle de Farneille, quien, de acuerdo con la usanza, sólo había
conocido a
su marido a lo sumo un mes antes de atarse a él, engañada por su falso
brillo, había
quedado prendada con él; los días no eran lo suficientemente largos
para el placer de
contemplantarlo, lo idolatraba, y las cosas habían llegado a alcanzar el
punto en que la
gente hubiera temido por esta joven persona si algún obstáculo se
hubiera interpuesto
entre ella y el casamiento, en el que ella decía encontrar la única
felicidad de la vida.

En cuanto a Franval, tenía ideas filosóficas acerca de las mujeres, como
acerca de
todas las cosas de la vida, y consideró a esta exquisita persona con
absoluta frialdad.

“La mujer que nos pertenece – solía decir –, es una especie de individuo
a quien la
costumbre ha subordinado a nosotros; debe ser gentil y sumisa... muy
recatada, no es
que me lleguen los prejuicios de la deshonor que una mujer puede
traernos cuando imita
nuestra licencia, pero a uno no le agrada la idea de ver que alguien
contemple la

remoción de nuestros derechos; todo el resto es inmaterial y no agrega nada a la felicidad.”

Cuando un marido piensa de esta suerte, es fácil profetizar que no son precisamente rosas las que se reservan a la desdichada niña que se une a él.

Madame de Franval, honorable, sensible y bien educada, se anticipaba por amor a los deseos del único hombre en el mundo que la ocupara; llevó las cadenas durante los primeros años sin sospechar su esclavitud, no le resultaba difícil ver que sólo estaba sembrando en el campo del matrimonio, pero era muy feliz con lo que le daban, y sus únicos cuidados y mejores atenciones tenían por finalidad que durante los breves

momentos concedidos a su afecto, Franval pudiera por lo menos encontrar todo lo que ella consideraba necesario para la felicidad de su amado esposo. La mejor prueba de todas, sin embargo, que Franval no excluyó de sus obligaciones, fue que durante el primer año de matrimonio su mujer, que entonces tenía dieciséis años, dio a luz una niña más hermosa aún que su madre, y a quien su padre

llamó, de inmediato... Eugenia, simultáneamente horror y milagro de la naturaleza,

Monsieur de Franval, quien, tan pronto como la niña nació, trazó sin duda sobre

ella los más detestables designios, la separó inmediatamente de su madre. Hasta la edad

de siete años, Eugenia fue confiada a los cuidados de mujeres de quienes Franval estaba

seguro, que limitaron su dedicación a formar una buena complexión y enseñarle a leer,

tuvieron buen cuidado de no darle conocimientos de religión o principios morales,

acerca de los cuales, una niña de su edad debe ser instruida.

5

Madame de Farneille y su hija, muy sorprendidas por esta conducta, se la

reprocharon a Monsieur de Franval; él respondió flemáticamente que puesto que sus

planes eran hacer feliz a su hija, no quería forzarla con fantasías que sólo logran

atemorizar a la gente sin serles útiles; que una cuya única necesidad era aprender a

agradar, podía prescindir de esas tonterías, cuya existencia imaginaria,
al perturbar la
calma de su vida, no le daría ninguna verdad moral adicional ni gracia
física. Tales
observaciones provocaron enorme desagrado en madame de Farneille,
quien, al mismo
tiempo que se alejaba de los placeres de este mundo, pensaba cada vez
más en el
paraíso. La devoción es una debilidad que depende de la edad y la
salud. Cuando las
pasiones se hallan en su cumbre, el futuro que uno cree muy distante
generalmente no
preocupa, pero cuando su lengua es menos viva, cuando nos acercamos
al final... cuando
todos nos abandona, volvemos a refugiarnos en el seno de Dios que
oímos mencionar en
la niñez, y, si de acuerdo con los filósofos estas últimas ilusiones son tan
fantásticas
como las otras, por lo menos, no son tan peligrosas.
Como la suegra de Franval ya no tenía parientes, poca reputación, y a lo
sumo,
como ya dijimos, unos pocos amigos casuales... quienes evitaban asumir
responsabilidades si se los ponía a prueba, al tener que luchar en contra
de un yerno
joven y bien ubicado, imaginó sensatamente que era más simple
mantener las
apariencias que tomar medidas estrictas con un hombre que arruinaría a
la madre y
encerraría a la hija si se atrevían a enfrentarlo; madame de Franval sólo
aventuró unas
pocas observaciones y guardó silencio cuando vio que con esto no
lograba nada.
Franval, seguro de su superioridad, al ver que era temido, pronto
renunció a todos
los escrúpulos en lo concerniente a todo, y a la vez que se contentaba
con algunas
reticencias, simplemente a causa del público, se encaminó directamente
a su horrible
objetivo.
Tan pronto como Eugenia tuvo siete años, Franval la llevó a su mujer, y
esta
madre amante, que no había visto a la niña desde que la había puesto
en el mundo, al no
poder llenarla de caricias, la retuvo dos horas apretada contra su pecho,
cubriéndola de

besos y bañándola con sus lágrimas. Quería saber qué talentos poseía,
pero Eugenia no
tenía ninguno salvo leer de corrido, una salud robusta y ser
angelicalmente hermosa.

Madame de Franval volvió a sumirse en la desesperación al darse cuenta
que era verdad
que su hija no tenía la menor idea de los primeros principios religiosos.
“¿Qué es esto, señor? – le dijo a su marido –, acaso la estáis formando
sólo para
este mundo? ¿No os dignaréis reflexionar que sólo vivirá en él por un
momento, como
nosotros, y luego se sumergirá en la eternidad, que será sin duda fatal si
la priváis de
aquello que pueda hacerle gozar allí de un destino feliz a los pies del Ser
que le dio la
vida?”

6

“Si Eugenia nada sabe, madame – contestó Franval –, si estas máximas
se le
ocultan cuidadosamente, no podría ser infeliz; puesto que si son
verdaderas, el Ser
Supremo es demasiado justo como para castigarla por su ignorancia, y si
son falsas,
¿para qué mencionárselas? En cuanto a las otras necesidades de su
educación, tened
confianza en mí, os lo ruego; a partir de hoy seré su maestro y, os
aseguro que dentro de
pocos años, vuestra hija habrá dejado atrás a los niños de su edad.”
Madame de Franval trató de insistir invocando la elocuencia del corazón
para que
apoyara a la de la razón, mientras derramaba algunas lágrimas; pero
Franval, que no se
dejaba conmover, ni tan siquiera pareció notarlas; hizo que retiraran a
Eugenia y dijo a
su esposa que si de alguna manera consideraba contraproducente la
educación que él
esperaba dar a su hija, o si le sugería principios diferentes a aquellos
que él se había
propuesto inculcarle, la privaría del poder de ver a la niña, y enviaría a
ésta a uno de sus
castillos del que nunca volvería a salir. Madame de Franval que se había
acostumbrado a
la sumisión, guardó silencio, imploró a su marido que no la separara de
tan preciado
tesoro, y prometió, mientras lloraba, no inmiscuirse en forma alguna en
la educación que

se le estaba preparando.
A partir de ese momento, mademoiselle de Franval fue ubicada en una
hermosa
dependencia contigua a la de su padre, con una gobernanta muy
inteligente, una
subgobernanta, una camarera y dos niñas de su edad, quienes estaban
allí sólo para
solaz. Se le pusieron maestros de escritura, dibujo, poesía, historia
natural, declamación,
geografía, astronomía, anatomía, griego, inglés, alemán, italiano, junto
con instructores
para el manejo de armas, baile, equitación y música Eugenia se
levantaba todos los días
a la siete de la mañana; cualquiera fuera la estación corría por el jardín
mientras comía
un enorme trozo de pan de centeno, que formaba su desayuno; entraba
a las ocho, pasaba
un momento en la dependencia de su padre. mientras éste jugaba con
ella o le enseñaba
algunos juegos de sociedad; hasta las nueve se preparaba para el
trabajo; a esa hora
llegaba el primer maestro y recibía a otros cinco antes de las dos de la
tarde. Comía por
separado con sus dos amigas y la principal gobernanta. La comida
consistía de verduras,
pescado, pasteles y frutas, nunca carne, sopa, vino, licores o café Desde
las tres hasta las
cuatro, Eugenia volvía a salir al jardín para jugar una hora con sus
amiguitas, jugaban
juntas al tenis, juegos de pelota, de bolos, de raqueta y volante, o a las
carreras; usaban
ropa cómoda según la estación; nada apretaba sus cinturas, nunca se
ceñían con esos
ridículos corsés, que son tan perjudiciales para el estómago como para
el pecho, y que al
obstaculizar la respiración de una persona joven terminan por dañar los
pulmones. De
cuatro a seis mademoiselle de Franval recibía más maestros; y como no
todos podían
hacer su aparición en veinticuatro horas, los restantes venían en el día
siguiente. Tres
veces por semana, Eugenia iba al teatro con su padre; se sentaba en
una caja
emparrillada que le alquilaban por todo el año. A las nueve regresaba a
la casa y cenaba

sólo frutas y verduras. De diez a once, cuatro veces por semana,
Eugenia jugaba con las
mujeres, leía algunas novelas y luego se acostaba. Los otros tres días,
cuando Franval no
cenaba afuera, Eugenia iba a su dependencia y empleaba el tiempo en
lo que Franval
denominaba sus "lecturas". Durante este tiempo, él le inculcaba a la
niña sus máximas

7

sobre moral y religión; por un lado le mostraba lo que algunas personas
pensaban sobre
estos asuntos y por otro le exponía lo que él aceptaba personalmente.
Como tenía mucho ingenio, una inteligencia vivaz y pasiones despiertas,
es fácil
juzgar el progreso que tales ideas tuvieron en la mente de Eugenia; pero
como el objeto
del indigno Franval no era solamente fortalecer la mente, sus lecturas
rara vez
terminaban sin despertar las emociones; y este hombre horrible había
descubierto con
tanta habilidad los medios de complacer a su hija, la seducía con tanto
arte, tan
imprescindible se hacía en su instrucción y recreo, con tanto ardor se
anticipaba a todo
lo que pudiera complacerla, que Eugenia, en medio de los más brillantes
círculos, no
encontraba a nadie tan atractivo como su padre, y aún antes que este
último se explicara,
la inocente y débil criatura había acumulado en su joven corazón todos
los sentimientos
de amor, gratitud y afecto, que necesariamente deben conducir al más
ardiente deseo;
para ella, Franval era el único hombre en el mundo, sólo distinguía a él,
se rebelaba ante
la idea de que algo pudiera separarla de él, le hubiera dado no sólo su
honor, sus
encantos - puesto que estos sacrificios hubieran parecido demasiado
leves para el
conmover objeto de su idolatría - sino también su sangre, hasta su
vida, si este tierno
compañero de su alma lo hubiera pedido.
No era éste el caso en cuanto concernía a los sentimientos de
mademoiselle de
Franval para con su digna y desdichada madre. Astutamente su padre le
dijo que

madame de Franval, al ser su esposa, le exigía mucha atención, lo cual
hacía a veces
imposible que él pudiera hacer por su querida Eugenia todo lo que sus
sentimientos le
dictaban; había descubierto el secreto de inculcar en el corazón de la
joven mucho más
odio y celo que los respetables y afectuosos sentimientos que podía
despertar madre
semejante.

“Amigo mío, hermano mío – solía decir Eugenia a su padre, quien no
quería que
su hija empleara otras expresiones para con él –, ...esa mujer a quien
llamáis vuestra
esposa, esa criatura, quien, según vos, me trajo al mundo, debe ser muy
exigente, puesto
que al quererlos siempre a su lado, me priva de la felicidad de pasar mi
vida con vos... Lo
veo claramente, la preferís a vuestra Eugenia. Por lo que a mí respecta,
nunca amaré
nada que aparte de mi vuestro corazón.”

“Mi querida amiga – contestaba Franval –, no, nadie en el mundo logrará
adquirir
derechos tan poderosos como los vuestros; los lazos que existen entre
esa mujer y
vuestro mejor amigo son la consecuencia de la costumbre y las
convenciones sociales;
los observo a la luz filosófica, y nunca lograrán afectar a los que nos
unen... siempre
seréis la preferida, Eugenia; seréis el ángel y la luz de mis días, el núcleo
de mi alma y el
propósito de mi existencia.”

8

“¡Oh, cuán dulces son esas palabras! – contestaba Eugenia –, repetidlas
a,
menudo, amigo mío... Si supierais cuán placenteras son para mí
vuestras
manifestaciones de ternura.”

Tomaba la mano de Franval y la apretaba contra su corazón.

“Sí, sí, las siento todas aquí” – proseguía.

“Vuestras tiernas caricias me lo confirman” – agregaba Franval,
mientras la
tomaba entre sus brazos... Y de esta forma, sin el menor remordimiento,
el traidor

completaba la seducción de la desgraciada niña.

Sin embargo, Eugenia llegaba ya a su decimocuarto año, el momento en
que

Franval deseaba consumir su crimen. Y así lo hizo. ¡Estremezcámonos!
*En el mismo día en que llegó a esta edad o mejor dicho, cuando
 completó su
 décimo cuarto año, ambos estaban en el campo, sin parientes presentes
 ni nadie que los
 molestara. Aquel día, el Conde, habiendo hecho vestir a su hija como las
 vírgenes que
 en el pasado se consagraban en el templo de Venus, la condujo, a las
 once de la mañana
 a un salón voluptuosamente decorado, donde la luz del día entraba
 tamizada por
 cortinas de gasa y los muebles estaban sembrados de flores, En el
 centro se erigía un
 trono de rosas; Franval condujo a su hija hacia él.*
*“Eugenia”, le dijo mientras la sentaba en él, sed hoy reina de mi corazón
 y
 dejadme que os adore sobre mis rodillas”.*
*“Adoradme, hermano mío, cuando todo os lo debo, cuando me criasteis
 y
 educasteis! Dejadme antes bien que caiga a vuestros pies, es el lugar
 que me
 corresponde, y frente a vos, el único a que aspiro.”*
*“¡Oh, tierna Eugenia! ; dijo el Conde mientras se sentaba a su lado sobre
 los
 almohadones sembrados de flores que iban a servir a su trabajo, “si es
 verdad que me
 debéis algo, si realmente los sentimiento que guardáis para conmigo son
 tan sinceros
 como decís, ¿conocéis la forma de convencerme de los mismos?”
 ¿Cómo, hermano mío? Decídmela de inmediato que comprenderé.”*
*“Todos esos encantos, Eugenia, con que la naturaleza os ha dotado tan
 generosamente, todas las atenciones con que os ha embellecido, deben
 serme
 sacrificados de inmediato.”*
*“¿Pero qué me pedís? ¿No sois acaso el amo de todo? ¿No os pertenece
 vuestra
 creación, puede alguien que no seas vos disfrutar de nuestra obra?”*
 9
“Tened en cuenta los prejuicios de los hombres...”
“De ninguna manera me los habéis ocultado.”
“Por lo tanto, no quiero ir en contra de ellos sin vuestro consentimiento.”
“¿No los despreciáis tanto como yo?”
*“Ciertamente, mas no quiero tiranizaros, y mucho menos seduciros;
 quiero
 recibir los favores que persigo, por amor. Sabéis como es el mundo, no
 os he ocultado*

ninguno de sus atractivos. Esconder los hombres a vuestra vista, no
dejaros ver a nadie
excepto a mí, hubiera significado una decepción indigna de mí; si existe
en el universo
un ser a quien preferís a mí, nombradlo de inmediato, iré hasta el fin del
mundo para
encontrarlo y conducirlo a vuestros brazos sin tardía. En realidad es
vuestra felicidad
la que persigo, ángel mío, vuestra felicidad mucho más que la propia.
Los dulces
placeres que podéis otorgarme nada significarían si no fueran el precio
de vuestro
amor. Por lo tanto, decidid vos, Eugenia. Ha llegado el momento en que
habéis de ser
sacrificada, debéis serlo. Pero vos misma debéis nombrar al hombre que
llevará a cabo
el sacrificio, rechazo los placeres que ese título me asegura si no los
recibo de vuestro
corazón, y si no soy yo a quien, preferís, siempre seré digno de vuestros
sentimientos si
os traigo a aquel a quien podáis amar. Si no he podido cautivar vuestro
corazón, por lo
menos habré merecido vuestro afecto; y seré el amigo de Eugenia al no
haber podido
ser su amante.”
“Seréis todo, hermano, seréis todo”, dijo Eugenia, ardiente de amor y
deseo. “¿A
quién queréis que me sacrifique, si no es al único hombre que adoro?
¿Qué otro ser en
el universo puede ser más digno que vos de estos pobres encantos que
deseáis... y que
vuestras manos ardientes ya acarician con vehemencia? ¿No veís en el
fuego que me
consume que estoy tan ansiosa como vos de experimentar el placer de
que me habláis.
Ah, tomadme, tomadme, hermano amante, mi mejor amigo, haced de
Eugenia vuestra
víctima; sacrificada por vuestras caras manos, siempre será victoriosa.”
El ardiente Franval, quien, de acuerdo con su carácter, se había armado
de tanta
delicadeza para seducirla con más fineza, pronto aprovechó la
credulidad de su hija, y
con todos los obstáculos puestos de lado, tanto por los principios con los
que había
nutrido a esa alma abierta a todo tipo de impresiones, como por el arte
con el que la

*había cautivado en el último momento, completó su páfida conquista, e
impunemente
destruyó la virginidad que por naturaleza y derecho, era su
responsabilidad defender.*

*Varios días pasaron en mutua embriaguez. Eugenia, quien tenía la edad
suficiente
como para conocer los placeres del amor, era alentada por sus métodos
y se
abandonaba a él con entusiasmo. Franval la inició en todos los misterios
del amor y
proyectó todas sus rutas; cuanto más aumentaba su adoración, tanto
más esclavizaba su*

10

*conquista Ella hubiera deseado recibirlo en mil templos al mismo
tiempo, mientras lo
acusaba de no permitir que su imaginación se extraviara lo suficiente;
creía que él le
ocultaba algo. Se lamentó de su corta edad e ingenuidad que quizá no la
hicieran lo
suficientemente seductora; y si pedía más instrucción era para que
ningún medio de
excitar a su amante fuera desconocido por ella.*

Regresaron a París, pero los placeres criminales que habían embriagado
a este

hombre perverso, habían dado demasiados goces deliciosos a sus
facultades físicas y
morales como para que la inconstancia que generalmente destruía todas
sus otras

intrigas, rompiese los lazos de ésta. Se enamoró desesperadamente, y
esta pasión

peligrosa condujo inevitablemente al más cruel abandono de su
esposa... ¡Ay, pobre
víctima! Madame de Franval, que a la sazón tenía treinta y un años,
estaba en la cumbre
de su belleza; un aire de tristeza que era inevitable si se consideran las
penas que la

consumían, la hacía aún más intrigante; bañada en lágrimas, aplastada
por la melancolía,

con el cabello suelto flotando descuidadamente sobre su pecho de
alabastro, con los
finos labios apretados amorosamente sobre el retrato del infiel tirano,
parecía esas

hermosas vírgenes que Miguel Ángel pintaba sumidas en la pena: sin
embargo todavía

ignoraba lo que iba a completar su tormento. La forma en que Eugenia
era educada, las

cosas esenciales que le hacían ignorar, o que solo le eran mencionadas para que las odiara; su certeza de que estas obligaciones, despreciadas por Franval, nunca serían permitidas a su hija; el corto tiempo que le permitían ver a su hija, el temor que esta educación poco común que le estaban brindando la conduciría tarde o temprano al delito, la extravagancia de Franval, su dureza de todos los días para con ella... ella que sólo se ocupaba de anticiparse a sus deseos, que no conocía otros encantos excepto aquellos que pudieran interesarle o complacerlo; hasta ese momento habían sido las únicas causas de su aflicción. ¡Qué pena iría a hender esta alma sensible y amante cuando se enterara de todo!

Sin embargo, la educación de Eugenia continuaba: deseaba continuar con sus maestros hasta que tuviera dieciséis años, y sus talentos, su conocimiento extensivo, las gracias que se desarrollaban en ella día a día todo esclavizaba a Franval más y más; era fácil de ver que nunca había amado a nadie como amaba a Eugenia. En la vida interna de mademoiselle de Franval nada había cambiado excepto los horarios de lectura; las discusiones íntimas con su padre se hicieron más frecuentes y se prolongaban hasta entrada la noche. Sólo la gobernanta de Eugenia estaba informada de esta intriga y ellos confiaban en ella lo suficiente como para no temer indiscreciones de su parte. También hubo algunos cambios en las comidas de Eugenia: ahora las tomaba con sus padres.

En una casa como la de Franval, esto hizo que Eugenia se encontrara con otras personas, y que fuera deseada como esposa. Varias personas solicitaron su mano.

Franval, que estaba seguro del corazón de su hija, no había pensado que fuera necesario

11

temer estos acercamientos, pero no contó con que la lluvia de propuestas hiciera que todo fuera revelado.

Durante una conversación con su hija, favor tan deseado por madame de Franval,
la afectuosa madre informó a Eugenia que monsieur de Colunce quería casarse con ella.

“Conocéis a ese hombre, hija mía – dijo madame de Franval – ; os ama, es joven y atractivo; será rico, espera vuestro consentimiento... solo vuestro consentimiento, hija mía... ¿qué debo responder?”

Eugenia, algo sorprendida, se ruborizó y respondió que por el momento no tenía la menor prisa por casarse, pero que su padre podía ser consultado; los deseos de ella no se opondrían a los suyos.

Madame de Franval consideró que esta respuesta era honesta, esperó pacientemente algunos días, y cuando encontró la ocasión de mencionársela a su marido,

le comunicó las intenciones de la familia del joven Colunce y las que él mismo había expresado, a lo que agregó la respuesta de la hija.

Es fácil de imaginar que Franval sabía todo, pero logró ocultarlo sin mostrar demasiado autocontrol.

“Madame – le dijo secamente a su mujer –, os pido seriamente que no involucréis a Eugenia en todo esto; el cuidado con que me habéis visto retirarla de vuestro lado, os habrá facilitado la tarea de reconocer cuánto he querido que todo lo que le concierna, nada tenga que ver con vos. Os renuevo mis órdenes a este respecto... ¿no las olvidaréis, imagino?”

“¿Pero cuál deberá ser mi respuesta, señor, puesto que es a mí a quien se han dirigido?”

“Diréis que aprecio el honor que me ofrecen, y que mi hija tiene defectos que datan de su nacimiento y dificultan el matrimonio.”

“Pero señor, esos defectos no son reales; ¿por qué. queréis que me preocupe por ellos y por qué privar a vuestra única hija de la felicidad que puede hallar en el matrimonio?”

“¿Acaso esos lazos os han 'hecho feliz, madame?”

“No todas las mujeres cometen los errores que yo sin duda he cometido, al no

lograr cautivaros (y con un suspiro) o de lo contrario, no todos los esposos se asemejan a vos.”

12

“Esposas... falsas, celosas, dominantes, coquetas o pías... Esposos, pérfidos, infieles, crueles o déspotas, en una cáscara de nuez están todos los individuos del mundo, madame; no esperéis encontrar un fénix.”

“Y sin embargo, todos se casan.”

“Sí, los tontos o los holgazanes; nadie se casa nunca, dijo un filósofo, excepto cuando no sabe lo que hace, o cuando no sabe lo que hacer.”

“¿Entonces hay que dejar que el mundo llegue a su fin?”

“Se podría hacer eso; nunca es demasiado tarde para exterminar una planta que sólo produce veneno.”

“Eugenia no os estará agradecida por esta severidad excesiva para con ella.”

“¿Acaso este casamiento parece complacerla?”

“Ha dicho que vuestros deseos son órdenes.”

“Pues bien, madame, mis deseos son que abandonéis este matrimonio.” Y monsieur de Franval se retiró, no sin antes prohibir a su esposa en los más

severos términos, que volviera a hablar de ello.

Madame de Franval no pudo evitar repetir a su madre la conversación que acababa

de mantener con su esposo, y madame de Farneille, más sutil y más acostumbrada a los efectos de las pasiones que su atractiva hija, sospechó de inmediato que algo anormal estaba sucediendo.

Eugenia veía rara vez a su madre; a lo sumo un par de horas durante los acontecimientos sociales, y siempre en presencia de Franval. Por lo tanto, madame de

Farneille que deseaba ver más claro, solicitó a su yerno que le enviara a la nieta un día y

la dejara con ella toda una tarde para curarla, según dijo, de una jaqueca que la aquejaba;

Franval respondió duramente que nada temía Eugenia tanto como los vapores, que la llevaría adonde era solicitada pero que no se quedaría mucho tiempo en ese lugar, puesto que estaba obligada a ir de allí a una clase de física, curso que seguía con toda asiduidad.

Fueron a casa de Madame de Farneille, quien no pudo ocultar a su yerno su

sorpresa por el rechazo de la mano ofrecida.

“Creo – dijo – que no tendréis ningún temor en permitir a vuestra hija que me convenza ella misma del defecto que según vos, debe eximirla del matrimonio.”

13

“Ese defecto puede sea real o no, Madame – dijo Franval algo sorprendido por la determinación de su suegra –, pero el hecho es que me costaría mucho casar a mi hija y soy todavía demasiado joven para semejante sacrificio; cuando ella tenga veinticinco años, hará lo que desee; pero hasta entonces, no puede contar conmigo de ninguna manera.”

“¿Y vuestros sentimientos, Eugenia, siguen siendo los mismos?” – preguntó

Madame de Farneille.

“Sólo difieren en un aspecto, Madame – dijo Mademoiselle de Franval con mucha firmeza – mi padre me permitirá casarme cuando tenga veinticinco años, y yo os

aseguro, madame, a vos y a mi padre, que nunca aprovecharé un permiso... que, según mi punto de vista, sólo contribuiría a mi infelicidad.”

“A vuestra edad, Miss, nadie piensa correctamente – dijo Madame de Farneille – y hay algo fuera de lo común en todo esto que ciertamente debo descubrir.”

“Os insto a que lo hagáis, Madame – agregó Franval mientras se llevaba a su hija

–, acaso sea bueno que empleéis a vuestro clérigo para que penetre hasta el corazón del problema, y cuando todos vuestros poderes se hayan ejercido al máximo y finalmente

sepáis la respuesta, me haréis el favor de confirmarme si hago bien o mal al oponerme al casamiento de Eugenia.”

El sarcasmo que reveló Franval por el consejero eclesiástico de Madame de

Farneille estaba dirigido a una loable persona que no cabe presentar, puesto que el

progreso de los acontecimientos pronto lo hará entrar en la acción.

Este era el director espiritual de Madame de Farneille y su hija, uno de los hombres más virtuosos de Francia: honrado, benevolente, recto y sabio. Monsieur de Clervil, lejos de tener todos los vicios de su investidura, poseía sólo amables y útiles cualidades. Un apoyo digno de confianza de los pobres, amigo sincero de los opulentos, consolador de los desdichados, esta valiosa figura tenía todos los dones para que una persona sea querida y todas las virtudes que hacen al hombre sensible. Cuando lo consultaron, Clervil contestó como hombre de buen sentido que antes de tomar posición en el asunto, era necesario conocer las razones de Monsieur de Franval para oponerse al casamiento de su hija; y aunque Madame de Farneille hizo algunas ob-servaciones que podían suscitar sospechas sobre la intriga que lamentablemente existía, el prudente clérigo rechazó esas ideas y al mismo tiempo que las catalogaba de insultantes para con Madame de Franval y su esposo, agregó indignado que no estaba de acuerdo con ellas.

14

“El delito es una cosa tan penosa, Madame – decía a veces este honrado individuo – ; Parece cosa tan probable que una persona bien conducida pueda exceder voluntariamente los límites de la modestia y las restricciones de la virtud, que sólo con extrema repug-nancia me decido a atribuir esas faltas; rara vez debemos sospechar el vicio; Tales sentimientos son a menudo el resultado de nuestro amor propio, casi siempre la salida de una comparación oculta de las profundidades de nuestra mente; nos apresuramos a admitir el mal para poder descubrir que somos mejores. Si pensáis seriamente acerca de ello, no sería mejor, madame, que los errores secretos nunca fueran develados, antes que inventar errores ilusorios con prisa imperdonable y de esta suerte arruinar sin motivo, a cierta gente que sólo ha cometido los errores que nuestro orgullo

les atribuyen Además, (no es cierto acaso que todo se beneficia con este principio No es infinitamente menos importante castigar el delito que evitar que se expanda Si se lo deja en la oscuridad que procura, no es tan bueno como si fuera abolido El escándalo logrará expandirlo, no hay duda de ello, la descripción del mismo encenderá las pasiones de aquellos que son proclives al mismo tipo de errores; la ceguera inevitable del delito aumenta las esperanzas del culpable de ser más feliz que el que ha sido reconocido como tal; no le han dado una lección sino un consejo, y se abandona a excesos que quizá nunca hubiera osado permitirse sin el escándalo imprudente que erróneamente sé considere justicia... y que no es más que una severidad mal entendida o vanidad disfrazada.”

La única decisión que se tomó, por lo tanto, en el primer encuentro fue la de verificar precisamente el porqué de la negativa de Franval ante el matrimonio de su hija, y porque Eugenia compara la misma forma de pensar: se decidió no hacer nada antes de dilucidar estos motivos.

‘Pues bien, Eugenia – dijo Franval a su hija aquella tarde –, ya veis que quieren separarnos; ¿ Acaso lo lograrán, mi niña? ¿Serán capaces de cortar los vínculos más caros de mi vida?’

“Jamás..., jamás;) No temáis, querido amigo(Esos lazos me son tan caros como a vos; De ninguna manera me habéis decepcionado; mientras los anudabais siempre me explicasteis que eran contrarios a la costumbre; No temo infringir prácticas que, al cambiar *de* un lugar a otro, no pueden ser de ninguna manera sagrada; Yo deseaba esos lazos y los tejí sin remordimiento, no temáis entonces que los rompa.”
“Ay, quién sabe Colunce es más joven que yo Posee todo lo necesario para atraeros; no consideráis, Eugenia, el residuo de error que sin duda os enceguece; La madurez y la luz de la razón disiparán el prestigio y pronto llevarían a las lamentaciones,

me culparéis por ellas, y yo nunca me perdonaré haber sido el
causante.”

“No – siguió Eugenia con firmeza –, no, estoy decidida a quereros a vos
solamente; me consideraría la más infeliz de las mujeres si tuviera que
aceptar un

15

esposo... yo – prosiguió amorosamente –. ¿Podría yo unirme a un
extraño quien, al no
tener doubles razones para amarme, limitaría sus sentimientos y
deseos?... Si por ventura

fuera abandonada y despreciada por él, ¿qué sería de mí después?
¿Sería una remilgada
beata o una ramera?

Oh, no, no, prefiero ser vuestra amante, amigo mío. Sí, os amo
demasiado como
para verme constreñida a representar ese infame papel en sociedad...
Pero, ¿Cuál es la
razón de tanta confusión? – prosiguió Eugenia amargamente –. ¿Sabéis
cuál es, amigo

mío? ¿Quién es? ¡Vuestra esposa! Sólo ella... Sus celos insaciables... No
lo dudéis, ésas

son las únicas causas de la desdicha que nos amenaza... ¡Ay! No la
culpéis: todo es
simple... todo es comprensible... todo es posible cuando se trata de
reteneros. ¿Qué no
emprendería yo si estuviera en su lugar y alguien quisiera robarme
vuestro corazón? ”

Franval, extrañamente conmovido, abrazó a su hija repetidas veces, y
ésta, aún
más animada por esas caricias criminales, a la vez que desarrollaba los
más atroces

pensamientos enérgicamente, se atrevió a decir a su padre, con
desvergüenza

imperdonable, que la única forma de ser menos observados era
conseguir a la madre un
amante. Este plan agradó a Franval; pero, puesto que era mucho más
maligno que su hija
y quería preparar imperceptiblemente su joven corazón para los peores
sentimientos de

odio hacia su madre que en él quería sembrar, le contestó que
consideraba demasiado
leve esa venganza, y que había mil otros modos de contrariar a una
mujer que molesta al
esposo.

Algunas semanas pasaron, durante las cuales Franval y su hija
decidieron

finalmente el primer plan concebido para provocar la desesperación de
la virtuosa mujer
de ese monstruo, en la creencia, ciertamente atinada, que antes de
adoptar
procedimientos más indignos, debían tratar por lo menos de brindarle un
amante; esto no
sólo permitiría material para todos los otros métodos sino que, si
resultaba, obligaría a
madame de Franval a no inmiscuirse en las faltas de los demás, puesto
que la suya
propia también sería revelada. Para llevar a cabo este proyecto, Franval
estudió a todos
los hombres jóvenes de su conocimiento, y después de meditar
largamente, descubrió
que sólo Valmont podría serle útil.
Valmont tenía treinta años, era elegante, ingenioso, imaginativo, sin
principios de
ninguna especie, y como resultado de ello, especialmente capacitado
para el papel que
iban a ofrecerle. Franval lo invitó a cenar una noche y cuando se
levantaron de la mesa,
le habló a solas.
“Amigo mío – le dijo –, siempre os he considerado digno de mí; ha
llegado el
momento de probarme que no estoy equivocado: os pido una prueba de
vuestros
sentimientos... pero se trata de una prueba nada

16

“¿De qué se trata? ¡Explicas, hombre, y nunca dudéis de mi ansiedad
para
serviros!”

“¿Qué pensáis de mi mujer?”

“Es deliciosa; y si no fuerais su esposo, largo tiempo hubiera sido su
amante.”

“Vuestra observación es muy considerada, Valmont. Pero no me
conmueve.”

“¿Por qué no?”

“Temo que voy a sorprenderos... precisamente por-que me estimáis,
precisamente

porque soy el esposo de Madame de Franval, os pido que seáis su
amante.”

¡Habéis enloquecido!”

“No, pero soy caprichoso... me habéis conocido así desde hace mucho
tiempo...”

quiero apesadumbrar la virtud y desearía que fuerais vos quien le
tendiera la trampa.”

“¡Qué idea atroz!”

“No agreguéis una sola palabra; ésta es una obra maestra del razonamiento.”

“¿Pero, realmente queréis que...?”

“Sí, lo quiero, lo pido, y dejaré de consideraros amigo mío si me negáis este

favor... os cuidaré... tratar de satisfacer vuestras necesidades... Será ventajoso para vos;

y, cuando esté seguro de mi destino, si es necesario me arrojaré a vuestros pies por vuestro servicio.

“Franval, no podéis engañarme; hay algo muy raro en todo esto... nada haré a

menos que lo digáis todo.”

“Sí... yo creo que tenéis ciertos escrúpulos, creo que todavía no sois lo suficientemente inteligente como para poder comprender todo lo que está involucrado...”

apuesto que tenéis prejuicios, que todavía sois un caballero. Os estremeceréis como un

niño cuando os lo diga todo, y nada aceptaréis hacer.”

“¡Yo, estremecerme! Me sorprende vuestra manera de juzgarme; debéis saber,

amigo mío, que no hay aberración en el mundo... ni una sola, por más irregular que sea,

que pueda turbarme un solo instante.”

“Valmont, ¿habéis observado a Eugenia?”

17

“¡Vuestra hija!”

“O mi amante, si preferís”

“Ah, villano, os comprendo.”

“Es la primera vez en mi vida que os descubro inteligente.”

“¿Pero cómo es esto? Decidme francamente, estáis enamorado de vuestra hija?”

“¡Sí, amigo mío, como Lot! ¡Siempre sentí tanto respeto por las sagradas escrituras, siempre estuve tan convencido que uno puede ganar el paraíso si emula a sus

héroes! ¡Ah, amigo mío! La locura de Pigmalión ya no me sorprende... ¿acaso el

universo todo no está lleno de estas debilidades? ¿No fue necesario comenzar de esta

manera para poblar el mundo? ¿Y si no era malo entonces, por qué debería serlo

ahora? ¡Qué absurdo! ¿No puede atraerme una mujer bonita por-que cometí el error de

traerla al mundo ¿Es que lo que debe unirme a ella y más estrechamente puede

convertirse en motivo para separarla de mí ¿Debo mirarla fríamente
porque se me
asemeja, porque es mi carne y mi sangre, porque en ella se han unido
todas las razones
para el más ardiente de los amores?...] Ah, qué ergotismo... cuán
ridículo! Dejemos para
los tontos estas restricciones absurdas, no han sido hechas para almas
como las nuestras,
el dominio de la belleza y los derechos sagrados del amor nada saben de
los fútiles
convencionalismos humanos; su influjo los aniquila como los rayos del
sol purifican la
tierra de las nieblas que de noche la rodean. Enterremos con el pie estos
atroces
prejuicios que siempre han sido hostiles a la felicidad, si en alguna
oportunidad
prevalecieron sobre la razón, fue, a expensas de los placeres más
seductores...
desprendiéndolos para siempre.”

“Me habéis convencido – contestó Valmont – y estoy absolutamente de
acuerdo

con vos que Eugenia debe ser una amante deliciosa, es aún más
hermosa que su madre, y
aunque no posee, como vuestra esposa, la languidez que hace presa del
corazón tan
voluptuosamente, tiene una picardía que abruma, que parece dar por
tierra con toda
posibilidad de resistencia; si la madre parece ceder, la hija exige; lo que
la primera
permite, la segunda ofrece; y yo encuentro que esto es más atractivo.

“Sin embargo, yo os ofrezco a la madre, no a Eugenia.

“¿Qué razones os llevan a hacerlo?”

“Mi esposa es celosa, se interpone en mi camino, me critica, quiere
arreglar un
casamiento para Eugenia, debo lograr que ella tenga faltas para poder
ocultar las mías
propias; por lo tanto, debéis tenerla... divertías con ella cierto tiempo... y
traicionadla
después... debo sorprenderla en vuestros brazos, castigarla, a través de
este

18

descubrimiento debo conseguir la paz para ambas partes y vuestros
errores mutuos...

pero nada de amor, Valmont, manteneos frío, esclavizadla, y no os
dejéis dominar; si los
sentimientos entran en el asunto mis planes se verán arruinados.”

“No temáis, sería la primera vez en que una mujer me conmueve.”
Nuestros dos villanos llegaron por lo tanto a un arreglo, y se resolvió que
en pocos
días Valmont tendría a Madame de Franval en sus manos, con permiso
para hacer lo que
deseara con tal de obtener el éxito... incluso el reconocimiento del amor
de Franval,
como medio más poderoso para hacer que esta honesta mujer se
decidiera por la
venganza.

Eugenia, a quien se confió este plan, lo encontró muy divertido; la
infame criatura
llegó a decir que si Valmont tenía éxito sería necesario, para que su
felicidad fuera lo
más completa posible, para sentirse segura de la caída de su madre,
que viera que la
virtuosa heroína cedía a las placenteras delicias que tan severamente
condenaba.

Finalmente llegó el día en que la más formal y desgraciada de las
mujeres no sólo
iba a recibir el más doloroso golpe, sino que iba a ser ultrajada por su
temible esposo,
abandonada... entregada por él al hombre por quien consentía en ser
deshonrado... ¡Qué
locura! ¡Cuánto desprecio por todos los principios! ¡Con qué fin puede
crear la
naturaleza corazones tan depravados como éstos! Algunas
conversaciones preliminares
habían decidido el procedimiento; pero Valmont era muy amistoso con
Franval por la
esposa de éste como para poder imaginar que corría algún peligro si se
quedaba solo con

él. Los tres estaban en la sala cuando Franval se puso de pie.
“Debo irme – dijo –, negocios importantes me llaman... es como dejaros
con
vuestra gobernanta, Madame – añadió con una sonrisa –, si quedáis con
Valmont se
comporta tan bien... pero si se extralimita, debéis decírmelo, no me
gusta lo suficiente
como para cederle mis derechos...”

Y el desvergonzado se retiró.
Después de hacer algunas observaciones triviales acerca de la broma de
Franval,
Valmont dijo haber notado un cambio en su amigo durante los últimos
seis meses.

“No he osado preguntarle la razón – prosiguió –, pero parece desdichado.”

“Lo que es cierto – contestó Madame de Franval-es la terrible infelicidad que causa a quienes lo rodean.”

“¿Qué me decís? ¿Acaso mi amigo os ha tratado malamente?”

19

“¡ Sí sólo fuera eso mi preocupación!”

“Por favor, contadme, conocéis mi ardor y mi fidelidad imperecedera.”

“Una serie de conflictos Horribles... corrupción moral, errores de toda clase...

¡podríais creerlo! Nos han ofrecido el matrimonio más ventajoso para nuestra hija... no lo quiere...”

Y en ese momento, el artificioso Valmont desvió la mirada, con el aspecto del

hombre que comprende... suspira... y no osa explicarse.

“¿Cómo es esto, señora – dijo Madame de Franval –, ¿no os sorprende lo que

acabo de decir? Vuestro silencio es muy extraño.

“Ah, madame, ¿no es mejor guardar silencio que decir algo que pueda desesperar

a la persona que uno ama?”

“¿Cuál es el enigma? Explicaos, os lo ruego.”

“Cómo no estremecerme si debo abrir los ojos”, dijo Valmont, mientras tomaba

impetuosamente la mano de la encantadora mujer.

“Oh, señor – prosiguió Madame de Franval con animación – ; no agreguéis una

palabra más, o de lo contrario, explicaos, insisto... me estáis poniendo en una situación terrible.”

“Menos terrible que el estado al que me habéis reducido” – dijo Valmont, mientras miraba a la mujer que trataba de seducir con los ojos llenos de amor.

“¿Pero qué significa todo esto, señor? Primero me alarmáis y me hacéis desear

una explicación, después osáis decirme cosas que ni debo ni puedo tolerar, alejáis de mí

los medios de enterarme por vos de lo que tan cruelmente me atormenta. Hablad, señor,

o me dejaréis sumida en la desesperación.”

“Entonces seré más claro, puesto que lo pedís, madame, y aunque me cueste

romperos el corazón... os diré las razones de la negativa de vuestro esposo a aceptar a

monsieur de Colunce... Eugenia..."

"¿Pues bien?"

"Bien, Madame, Franval la adora; actualmente es más su amante que su padre, y preferiría morir antes que abandonar a Eugenia."

20

Madame de Franval oyó esta explicación fatal y tuvo un vahído que le hizo perder los sentidos; Valmont se apresuró a socorrerla.

"Ya veís, madame – prosiguió –, el precio del consentimiento que pedís... Por

nada del mundo podría yo..."

"Dejadme, señor, dejadme – dijo Madame de Franval en un estado difícil de describir – ;después de un golpe tan violento necesito estar sola un momento."

"¿Y queréis que os deje sola en ese estado? Siento vuestra pena demasiado como para no solicitar vuestro permiso para compartirla. Os he infligido una herida dejadme que la cure."

"¡Franval enamorado de su hija, Dios mío! ¿La criatura que tuve de él, es ella quien ocupa su corazón en esta forma tan atroz! ¿ Terrible crimen, ah, señor! ¿Acaso es posible? ¿Estáis absolutamente seguro?"

"Si todavía tuviera alguna duda acerca de ello, madame, hubiera guardado silencio, hubiera preferido cien veces no deciros nada que contrariaras en vano; por vuestro esposo recibí las pruebas de esta infamia, me lo confió todo; pero sea lo que sea, no perdáis la calma, os lo ruego; estudiemos la forma de quebrar esta intriga, los medios dependen de vos..."

"Decídmelos de inmediato... este delito me horroriza."

"Un esposo con el carácter de Franval, madame, no vuelve a ganarse con la virtud;

vuestro esposo tiene poca fe en el sabio comportamiento de las mujeres. él sostiene que por orgullo y temperamento, las cosas que hacen para reservarse a nosotros tienen por fin satisfacerse antes que complacernos o esclavizarnos... Perdonadme, madame, pero no puedo ocultaros que yo creo lo que él; nunca vi que las virtudes hicieran que una mujer

destruyera los vicios del esposo; conductas más o menos similares a la
de Franval
lograrían impresionarlo más y os lo devolverían más satisfactoriamente;
los celos darían
buenos resultados, sin duda, y cuántos corazones han cambiado por
este método
constantemente infalible; vuestro esposo, al ver que esa virtud, a la que
está
acostumbrado, y que tiene el descaro de menospreciar, se debe más a
la reflexión que al
descuido, aprenderá a apreciarla en vos, cuando descubra que sois
capaz de ceder... ;él
imagina y .se atreve a decir que si nunca tuvisteis un amante es porque
nunca fuisteis
atacada; probable que sólo depende de vos para que esto pase... ;
vengaos por sus errores
y desprecio; quizá causéis plaño, si se consideran vuestros austeros
principios, pero
¡cuántos males habréis evitado! ¡Qué esposo habréis convertido! Y por
un pequeño
ultraje a la diosa que respetáis, ¡qué adorador habréis devuelto a su
templo! Ah,
madame, apelo a vuestro corazón. Con el comportamiento que me
atrevo a aconsejaros,

21

ganaréis a Franval para siempre, lo cautivaréis; sí, madame, me atrevo a
decíroslo,

elegid entre quedaros sin marido, o no vaciléis más.”

Madame de Franval, muy sorprendida por estas palabras, guardó
silencio cierto

tiempo; luego habló, recordando las miradas de Valmont y sus primeras
observaciones.

“Señor – le dijo con agudeza –, si yo aceptara el consejo que me dais,
¿en quién

creéis que debería ficharme para contrariar más a mi marido?”

“¡Ah! – gritó Valmont sin descubrir la celada que le tendían –, querida y
divina

amiga... en el hombre que más os ama en este mundo, en quien os ha
adorado desde que

os conoció, y que os jura que morirá por VOS...”

“¿Partid, señor, partid! – dijo entonces Madame de Franval
imperativamente – y

nunca más aparezcáis ante mí; habéis descubierto la trampa; sólo
acusáis a mi esposo de

culpas... que es incapaz de haber cometido sólo para aseguraros que
vuestra traicionera

seducción sea más exitosa; comprended que aunque fuera culpable, los métodos que me sugerís son tan repugnantes que no los emplearía jamás; los errores de un marido nunca pueden justificar los de una esposa; para ella esos errores deben ser motivo de una mejor conducta, para que Dios justo y eterno pueda encontrarla en las ciudades atormentadas que están a punto de sufrir los efectos de su ira, y si puede, apartar de ellas las llamas que van a devorarlas.”

Con estas palabras, Madame de Franval se retiró y después de llamar a los sirvientes de Valmont, lo obligó a irse, muy avergonzado por los primeros pasos que había dado.

A pesar de que la atractiva mujer había descubierto los propósitos ocultos del amigo de Franval, las cosas que éste había dicho coincidían tan bien con sus propios temores y los de su madre, que decidió ponerse manos a la obra para convencerse de la hiriente verdad. Fue a ver a Madame de Farneille, le contó lo que había sucedido y regresó, decidida a proceder como sigue a continuación.

Siempre se ha dicho, y es verdad, que no tenemos peores enemigos que nuestros propios sirvientes; siempre son celosos y envidiosos y aparentemente tratan de aliviar sus cargas atribuyéndonos faltas que nos colocan por debajo de ellos y permiten que su vanidad, por lo menos por cierto tiempo, nos domine de la manera en que el destino les ha negado.

Madame de Franval logró sobornar a una de las mujeres de Eugenia; la garantía del pago, un futuro placentero y la apariencia de una buena acción, todo influyó sobre esta esbirra y ésta decidió, a partir de la noche siguiente, poner a Madame de Franval en un puesto desde donde no podría seguir poniendo en duda su mala fortuna.

Llegó el momento. La desdichada madre fue conducida a una pequeña habitación

contigua a la dependencia donde todas las noches su infiel esposo
violaba al mismo
tiempo los vínculos de su casamiento y el Paraíso. Eugenia estaba con
su padre; todavía
ardían algunas velas en un rincón para iluminar el delito... el altar estaba
preparado, y la
víctima se ubicó, el alto sacerdote la siguió... Madame de Franval no
tenía otro apoyo
que su propia desesperación, su amor herido, su valentía... Abrió la
puerta e irrumpió, se
acercó al incestuoso y se postró frente a él.
"Oh - gritó dirigiéndose a Franval -, me rompéis el corazón, no merecía
de vos
este trato, vos a quien todavía adoro sin importarme los intuitos que de
vos recibo, ved
mis lágrimas, y no me rechazéis; os pido que salvéis a esta niña
desdichada quien,
engañada por su debilidad y seducida por vos, cree encontrar la
felicidad en medio de la
culpa y el delito... Eugenia, Eugenia, ¿queréis clavar una espada en el
seno que os dio la
vida? ¡No sigáis siendo cómplice de un delito cuyo horror os han
ocultado! Venid,
apuraos, mis brazos están dispuestos a recibirlos. Mirad a vuestra
desgraciada madre, de
rodillas frente a vos, que os ruega no ultrajar el honor y la naturaleza.
Pero si ambos me
rechazáis - prosiguió la acongojada madre, mientras se apoyaba un
puñal sobre el
corazón -, por este medio me apartaré de la herida que estáis tratando
de infligirme; os
salpicaré con mi sangre y sólo sobre mi cuerpo lastimado podréis
consumar vuestros
delitos,"
Que el alma endurecida de Franval pudiera resistir este espectáculo, los
que están
empezando a conocer a este villano podrán creerlo, pero que Eugenia no
haya cedido de
ninguna manera es inconcebible.
"Madame - dijo la corrompida niña, con la mayor indiferencia -, confieso
que no
considero razonable de vuestra parte, que hagáis una escena absurda
frente a vuestro
esposo; ¿acaso no puede él hacer lo que quiera? Y si él aprueba lo que
yo hago, ¿qué

derecho tenéis de criticar? ¿Acaso nosotros criticamos vuestras
indiscreciones con
Monsieur de Valmont? ¿Molestamos vuestros placeres? Respetad los
nuestros, de lo
contra-rio no os sorprenda que yo sea la primera en intuir sobre vuestro
marido para que
tome las medidas que os fuercen a hacerlo.”
En ese momento, Madame de Franval perdió los estribos; Toda su ira se
volvió
contra esa criatura indigna que podía permitirse hablarle así, y, furiosa,
se arrojó sobre
ella... Pero el odioso y cruel Franval, mientras tomaba a su esposa de los
pelos, la
arrastró furioso lejos de su hija y fuera de la habitación, y la arrojó por
las escaleras de la
casa, hasta que cayó desvanecida y sangrante a la puerta de una de las
mujeres, quien,
habiéndose despertado con el horrible ruido, se apresuró a separar a su
ama de la furia
del tiránico Franval, quien ya había bajado para despachar a su
desventurada víctima...
Fue llevada a sus habitaciones, la encerraron y la cuidaron, mientras el
monstruo que
con tanta rabia la había tratado, volvía al lado de su detestable
compañera para pasar la
noche tan tranquilamente como si no hubiera descendido por debajo del
nivel de la más

23

fiera de las bestias, con crímenes tan execrables, que tanto podrían
humillarlo... tan
horribles, en realidad, que nos sonrojamos ante la necesidad de
revelarlos.
Se habían terminado las ilusiones para la desdichada Madame de
Franval; ni una
sola más podía permitirse; era demasiado obvio que el corazón de su
esposo, es decir, la
posesión más querida de su vida, le había sido robado. ¿y por quién? Por
quien tanto
respeto le debía... y quien le había hablado con la mayor insolencia;
también había
sospechado que toda la intriga de Valmont era meramente una horrible
trampa con el
propósito de tentarla y si no lo lograban, atribuirle errores, inundarla con
ellos, para
contrarrestar y justificar los errores infinitamente más serios que otros
osaban cometer

en su perjuicio.
Nada era más seguro que esto. Al enterarse Franval del fracaso de
Valmont, lo
había comprometido a reemplazar la verdad por la impostura y la
indiscreción... a hacer
correrla versión que él era el amante de Madame de Franval y se había
decidido
falsificar cartas repugnantes que probarían de la manera menos
equívoca posible, la
existencia de esa relación a la que la desventurada mujer se había
negado a prestarse.
Sin embargo, Madame de Franval, desesperada y físicamente herida,
cayó
enferma; su bárbaro esposo, que se negó a verla y ni se dignó preguntar
por su salud,
partió con Eugenia para el campo, con el pretexto que había fiebre en la
casa y que no
quería exponer a su hija a la misma.
Valmont se presentó varias veces a la puerta de Madame de Franval
durante su
enfermedad, sin que lo admitieran una sola vez; encerrada con su
querida madre y
Monsieur de Clervil, no quería ver a nadie; con-solada por tan dilectos
amigos, que
estaban acostumbrados a tener cierta ascendencia sobre ella, volvió a la
vida gracias a
sus cuidados y después de seis semanas ya estaba en condiciones de
ver gente. Entonces
Franval volvió con su hija a París e hizo algunos arreglos con Valmont
para proveerse de
armas iguales a las que Madame de Franval y sus amigos parecían a
punto de levantar en
su contra.
El villano Franval fue a ver a su esposa tan pronto como consideró que
ella estaría
dispuesta a recibirlo.
“Madame – le dijo fríamente –, no podréis poner en duda la
consideración que he
demostrado por vuestra salud; no puedo ocultaros el hecho que es la
responsable de la
reticencia de Eugenia; está decidida a haceros los peores cargos en lo
que concierne a la
forma en que la habéis tratado, a pesar de estar convencida del respeto
que una hija le
debe a su madre; tampoco puede olvidar que la madre la pone en la
peor de las

posiciones al arrojarse sobre ella con un puñal en la mano; impaciencias
de este tipo,
madame, podrían dirigir los ojos del gobierno hacia vuestra conducta y
algún día herir
vuestra libertad y vuestro honor.”

24

“No estaba preparada para esa recriminación, señor – contestó madame
de Franval

–; y cuando mi hija, seducida por vos, se convierte simultáneamente en
culpable de
incesto, adulterio, licencia y la más odiosa ingratitud hacia la persona
que la trajo al
mundo... sí, lo admito, no imaginaba que después de este complejo de
horrores todavía

tuviera que escuchar quejas; se necesitan todos vuestros artificios y
maldad, señor, para

excusar el crimen con tanta audacia y acusar a una persona inocente.

“No desconozco, señora, que los pretextos de vuestra escena eran las
odiosas

sospechas que osáis tener en mi contra, pero la fantasía no justifica los
delitos; lo que

pensasteis es falso, pero lo que vos habéis hecho, desgraciadamente, es
demasiado real.

Estáis sor-prendida por los reproches que mi hija os dirigió por lo que
respecta a vuestra

irregular conducta, después que todo París lo ha hecho; este estado de
cosas es muy

conocido... las pruebas, lamentablemente son tan irrefutables, que
quienes hablan serán

culpables de imprudencia, pero no de calumnia.”

“¿Yo, señor? – dijo la honorable mujer mientras se ponía de pie
indignada –, ¿yo

una intriga con Valmont? ¡Dios mío, y vos lo decís! – Y rompió a llorar–

¡Desagradecido! Este es el premio por mi afecto... la recompensa por
haberos amado

tanto, no os basta con ultrajarme tan cruelmente, para vos no es
suficiente seducir a mi

hija, sino que todavía osáis justificar vuestros delitos atribuyéndome
otros que

personalmente considero más terribles que la muerte...”

Se calmó nuevamente: “Decís tener pruebas de esta intriga, señor,
sacadlas, exijo

que se las haga públicas, os forzaré a mostrarlas a todos, si rehusáis
mostrármelas a mí.”

“No, madame, no las mostraré a todos; un esposo generalmente no
anuncia cosas

de esta especie; las deplora y las esconde tan cuidadosamente como pueda; pero si vos lo pedías, madame, no me negaré a mostraros esas pruebas... – Sacó una billetera de su bolsillo– Sentaos – dijo –, esto debe verificarse con calma, la excitación y el enojo harían daño sin convencerme; calmaos, os lo ruego, y discutamos esto fríamente.”

Madame de Franval, perfectamente convencida de su inocencia, no sabía qué pensar de estos preparativos, y su sorpresa, unida al miedo, la mantuvo en un estado frenético.

“Ante todo, madame – dijo Franval :mientras vaciaba uno de los lados de la billetera –, aquí está toda vuestra correspondencia con Valmont durante los últimos seis meses. No acuséis a ese joven de imprudencia o indiscreción: es demasiado honorable como para fallaras en este sentido. Pero uno de sus sirvientes, cuya astucia supera a la de su amo, descubrió el secreto para traerme estos preciosos monumentos de vuestra ejemplar conducta y vuestra eminente virtud.” Señaló las cartas y las expandió sobre la mesa.

25

“Permitidme – prosiguió – que seleccione dentro de lo normal en una mujer excitada... por un hombre muy atractivo, una carta que me parece más decisiva que las otras... Es ésta, madame: “Mi aburridor esposo cena esta noche en su ‘petite maison’ en las afueras de la ciudad con esa horrible criatura... que es imposible que yo haya traído al mundo; venid, querido, y consoladme de todas las penas que esos dos monstruos me causan... ¿Pero qué digo, acaso no me están haciendo ahora el mejor de los favores, y esta intriga no evitará que mi marido note la nuestra? Dejemos que estreche los vínculos tanto como quiera, y que no trate de romper los que me atan al único hombre en el mundo que realmente he adorado».

“¿Pues bien, madame?”

“Señor, os admiro – contestó madame de Franval – ; cada día aumenta
la increíble
estima que merecéis, y por grandes que sean las cualidades que en vos
he descubierto
hasta el presente, admito que desconocía que poseáis las de falsificador
e infamador.”

“¿Lo negáis, entonces?”

“En absoluto, sólo quiero ser convencida; nombraremos jueces expertos,
y si
consentís, pediremos la más sereva pena para cualquiera de nosotros
que sea hallado
culpable.”

“Eso se llama descaro; bueno, prefiero eso a la pena... Prosigamos. Que
tengáis un
amante, madame – dijo Franval mientras vaciaba la otra mitad de la
billetera –, con
vuestra cara bonita y un ‘aburridor esposo’, nada podría ser más simple,
pero que a
vuestra edad mantengáis un amante, y a mis expensas, es algo que
espero me permitiréis
no hallar tan sencillo... Sin embargo, aquí hay pagarés, o cuentas
pagadas por vos,
firmadas por vos, a nombre de Valmont, que suman 100.000 escudos; os
ruego que
miréis estos documentos” – agregó el monstruo sin permitir que ella los
tocara...

A Zaide, joyero.

Páguese el cheque adjunto por la suma de veintidós mil libras, a
monsieur de
Valmont, por arreglo con él
FARNEILLE DE FRANVAL

“A Jamet, vendedor de caballos, seis mil libras... es la yunta de bayos,
orgullo de
Valmont y admiración de todo París... sí, madame, hay sumas que llegan
a trescientos
mil ciento ochenta y tres libras, diez soles, de lo cual me debéis más de
un tercio y cuyo
resto 'habéis pagado honradamente... ¿Bien, madame?”

26

“Señor, este fraude es demasiado burdo como para provocarme la
menor
preocupación; sólo pido una cosa para confundir a quienes inventan
estas cosas en mi
contra... que las personas a quienes parece ser que yo he pagado esas
sumas se
presenten, y que juren que he tenido algún trato con ellos.”

“Lo harán, madame, no lo pongáis en duda; creéis que ellos mismos me
hubieran
informado de vuestra conducta si no estuvieran decididos a sostener sus
declaraciones?

Uno de ellos os hubiera denunciado hoy, si yo no hubiera intervenido...”

Amargas lágrimas salieron entonces de los hermosos ojos de la infeliz;
su valentía

ya no la sostenía, se sumió en una desesperación repentina, unida a
ciertos síntomas

peligrosos, golpeó la cabeza contra las columnas de mármol que la
rodeaban y se
magulló la cara.

“Señor – gritó al arrojarse a los pies de su esposo – deshaceos de mí por
medios

menos lentos y horribles; puesto que mi existencia restringe vuestra
vida de pecado,

destruídla de inmediato... no me hagáis caer tan lentamente en la
tumba... ¿Soy culpable

de haberos amado? ¿De haberme rebelado en contra de quien me robó
tan cruelmente

vuestro corazón? Castigadme, 'bárbaro, sí, tomad esa arma – dijo al
arrojarse sobre la

espada del esposo –, tomadla, y atravesadme el seno sin merced; pero
por lo menos

dejadme morir mereciendo vuestra estima, dejadme llevar a la tumba
como único

consuelo, la certeza de que me creéis incapaz de los infames crímenes
de que me

acusáis... que para ocultar los vuestros...”

Estaba postrada, a los pies de Franval, con las manos sangrantes y
heridas por la

hoja desnuda que había tratado de tomar para ponerla sobre su pecho;
e] hermoso pecho

estaba desnudo, el cabello caía en desorden y estaba humedecido por
las copiosas

lágrimas; nunca tuvo la pena un aspecto más patético y expresivo,
nunca había sido más

emocionante, atractiva y noble.

“No, madame – dijo Franval, oponiéndose –, no quiero vuestra muerte
sino

vuestro castigo; comprendo vuestro arrepentimiento, vuestras lágrimas
no me

sorprenden, estáis furiosa por haber sido descubierta, esta actitud
vuestra me complace,

me hace profetizar una mejora, que se precipitará sin duda, por el
destino a que os

someto.

“Basta, Franval – gritó la desventurada mujer –, no habléis de vuestro
deshonor,
no digáis al público que sois culpable de perjuicio, falsificación, incesto y
calumnia...

Queréis deshaceros de mí, huiré de vos, buscaré un lugar tranquilo
donde hasta vuestro
recuerdo escapará de mí... seréis libre, cometeréis vuestros pecados con
impunidad... sí,
os olvidaré... si puedo, hombre cruel, o si vuestra imagen no puede
borrarse de mi
corazón, si sigue persiguiéndome en mi remota oscuridad... no la
borraré, infiel, eso

27

sería más de lo que yo podría hacer, no, no la borraré, sino que me
castigaré por mi
ceguera, y confinaré al horror de la tumba el cuerpo culpable que tanto
os amó.”

Con estas. palabras, últimos estallidos de un alma exhausta por la
enfermedad, la
desventurada se desvaneció y quedó inconsciente. Las frías sombras de
la muerte se
expandieron sobre la hermosa piel, algo afectada por la desesperación;
no era más que
una masa sin vida, aunque era imposible que la gracia, la modestia y
todos los encantos
de la virtud la abandonaran. El monstruo salió para ir a festejar con su
hija, el terrible
triunfo que el vicio, o antes bien la maligna niña, osaba enfrentar a la
inocencia y la
desdicha.

Estos detalles complacieron infinitamente a la execrable Eugenia, quien
hubiera

deseado verlo todo personalmente... el horror debía ser llevado
adelante, Valmont
hubiera debido triunfar sobre la severidad de su madre, Franval hubiera
debido

sorprenderlos haciendo el amor. Si todo esto hubiera sucedido, ¿qué
medios de

justificarse le hubieran quedado a la víctima? ¿Y no era necesario
quitarle todos los
medios? Así era Eugenia.

Sin embargo, la desventurada esposa de Franval, quien sólo podía
confiarse a su
madre, pronto le narró sus razones para estar apenada; fue entonces
cuando madame de

Farneille imaginó que la edad, status y reputación personal de monsieur de Clervil pudieran ejercer alguna influencia sobre su yerno; nada hay tan confiado como la desgracia; ella informó al digno eclesiástico lo mejor que pudo, de la licencia de Franval, lo convenció de lo que nunca había querido creer, lo instó a usar con semejante villano la persuasiva elocuencia que llega más al corazón que a la mente; le pidió que después de hablar con el pérfido Franval consiguiera una entrevista con Eugenia, con la cual emplearía todos los medios posibles para explicar a la infeliz el abismo que se extendía a sus pies, y, de ser posible, devolverla a su madre y a la virtud.

Cuando Franval supo que Clervil iba a solicitar una entrevista con él y su hija,

trazó un plan con ésta, y cuando estuvo pronto, hicieron saber al director espiritual de madame de Farneille que estaban dispuestos a recibirlo. La crédula madame de Franval creyó que la elocuencia de este guía espiritual todo lo lograría la gente desgraciada se aferra ávidamente a las fantasías, y para encontrar los placeres que la realidad les niega, logran artificiosamente todas las ilusiones posibles.

Clervil llegó; eran las nueve de la mañana; Franval lo recibió en la dependencia donde estaba acostumbrado a pasar las noches con su hija; lo había decorado con la mayor elegancia imaginable, dejando al mismo tiempo cierto aspecto de desorden que revelaba sus placeres criminales... Eugenia, que estaba muy cerca, podía oírlo todo, para poder estar mejor preparada para la entrevista que le estaba destinada.

28

Dijo Clervil: "Me atrevo a presentarme ante vos con un enorme temor de molestaros, señor; la gente de mi profesión resulta generalmente tan cargosa a la gente que como vos gasta su vida en los placeres de este mundo, que me reprocho haber cedido a los deseos de madame de Farneille y haber solicitado vuestro permiso para hablaros un momento."

“Sentaos, señor, y mientras os expreséis en el lenguaje de la justicia y la razón,
nunca temáis aburrirme.”

“Sois adorado por una mujer llena de encantos y virtudes y pe os acusa,
señor de
hacerla muy infeliz; puesto que sólo tiene a su favor su inocencia y falta
de capacidad
para el engaño, puesto que sólo tiene a su madre para escuchar sus
quejas, y puesto que
os adora todavía, a pesar de vuestros errores, no os resultará difícil
imaginar su
situación!”

“Preferiría que fuéramos directamente al tema, señor, tengo la
impresión que os
vais por las ramas; ¿cuál es el objeto de vuestra misión?”

“Haceros felices a los dos, de ser posible.”

“Por lo tanto, si ya soy feliz como soy, ¿no tendríais nada que decirme?”

“Señor, es imposible encontrar la felicidad en el delito.”

“Estoy de acuerdo con vos; pero el que a través del estudio profundo y
la reflexión

madura ha logrado alcanzar un estado mental en el que nada malo
sospecha de nada y
puede observar las acciones humanas con la más absoluta calma y las
considera a todas
el resultado necesario de algún poder que a veces es benevolente y a
veces perverso pero
siempre autoritario, que nos inspira acciones que los hombres ya
aprueban, ya condenan

pero que nada contraría o molesta, estaréis de acuerdo conmigo, señor,
que un hombre

puede ser igualmente feliz comportándose como yo, como vos en la
carrera que habéis

elegido: la felicidad es una abstracción, es un producto de la
imaginación; es una forma

de conmoverse que depende exclusivamente de nuestra forma de ver y
sentir; aparte de

la satisfacción de nuestras necesidades, no existe la forma de hacer a
los hombres

igualmente felices; todos los días se ven individuos felices por algo que
a los demás

disgusta; por lo tanto, no hay una felicidad determinada, ninguna puede
existir para

nosotros excepto la que nosotros mismos labramos como consecuencia
de nuestra

formación y principios!”

“Lo sé, señor, pero si la mente nos engaña, la conciencia nunca nos deja

extraviamos, y es en este libro que la naturaleza escribe todas nuestras obligaciones.”

29

“¿Y no hacemos lo que deseamos con esta conciencia artificial? La costumbre la modifica, la conciencia para nosotros es como cera moldeable que adquiere cualquier forma en nuestras manos; si ese libro fuera tan infalible como decís, ¿no tendría el hombre una conciencia variable? De un extremo del mundo al otro, ¿no significarían todas las acciones lo mismo para él? ¿Y es ése el caso? ¿Acaso el hotentote tiembla ante lo que asusta al francés? ¿Y este último no hace cosas a diario que serían castigadas en el Japón? No, señor, no, nada es real en el mundo, nada que merezca ser alabado o acusado, nada que merezca ser recompensado o castigado, nada que sea injusto en un lugar v legítimo a quinientas leguas; no existe el mal real ni el bien constante.”

“No lo creáis, señor, la virtud no es una ilusión; no es cuestión de saber si algo es bueno en un lugar o malo un poco más lejos, para poder definirlo precisamente como delito o virtud, y estar seguro de encontrar en ello la felicidad como resultado de la propia elección; la única felicidad del hombre sólo puede estribar en la más completa sumisión a las leyes del país; debe respetarlas o arruinarse, no existe un punto medio entre la violación de las mismas y la felicidad. En otras palabras, no es de estas cosas que surgen los males que nos sobrecogen: cuando nos abandonamos a ellas, cuando son prohibidas, es por el mal que estas cosas, buenas o malas en sí mismas, pueden provocar a las convenciones sociales de la región donde habitamos. Ciertamente no hay nada de malo en preferir caminar por los bulevares que por los Champs Elysées; pero si se promulgara una ley que prohibiera los bulevares a los ciudadanos, quien violara esta ley se reservaría una serie interminable de desventuras, aunque sólo hubiera hecho algo muy

simple al violarlas; pero la costumbre de violar leyes comunes, pronto
conduce a la
violación de otras más importantes, y de un error al otro, el hombre
llega a delitos que se
castigan en todos los países del mundo, y que inspiran temor entre
todas las criaturas
razonables que pueblan el mundo en los dos hemisferios. Aunque no
existe una
conciencia universal de la humanidad, hay una nacional, que se
relaciona con la
existencia que recibimos de la naturaleza, y donde su mano traza
nuestras obligaciones
con letras que no podemos borrar sin correr peligro. Por ejemplo, señor,
vuestra familia
os acusa del incesto; cual sea el ergotismo que uséis para justificar
vuestro delito y
mitigar sus 'horrores, por más plausibles que sean los razonamientos
que uséis en este
asunto, cualquiera sea el apoyo que tengan de ejemplos tomados de
países vecinos, se ha
probado que este delito, que para algunas razas no lo es, es
definitivamente peligroso en
ciertos países donde queda prohibido por ley; no es menos cierto que
puede llevar a las
más deplorables consecuencias y delitos que se hacen necesarios luego
de este primer
delito, delitos, repito, que deben inspirar el horror de la humanidad. Si os
hubierais
casado con vuestra hija orillas del Ganges, donde tales matrimonios son
permitidos,
hubierais cometido un mal pequeño; bajo un gobierno que prohíbe ese
tipo de alianzas,
al ofrecer semejante espectáculo al público, a una mujer que os adora, y
a quien esta
deslealtad conduce a la tumba, cometéis sin duda una acción
impactante, un delito que
tiende a romper los vínculos más sagrados de la naturaleza, los que, al
ligar a vuestra
hija al ser que le dio la vida, deberían hacer de este hombre el más
digno de respeto y
más sagrado, en su opinión. Forzáis a esta niña a despreciar
obligaciones vitales, la
hacéis odiar a la persona que la llevó en el vientre; sin daros cuenta
estáis fabricando

armas que pueden dirigirse en vuestra contra; no le presentáis ningún
sistema de
pensamiento, le estáis inspirando principios por los cuales se os
condena; y si algún día
os amenaza con quitaros la vida, vos mismo habréis afilado el puñal.”
“Vuestra forma de razonar – contestó Franval –, tan diferente al que usa
la gente
de vuestra profesión puede inclinarme en primera instancia a la
confidencia, señor;
podría negar vuestra acusación; la franqueza con que me quito la
máscara frente a vos os
obligará, igualmente espero, a creer en las malas acciones de mi
esposa, cuando emplee
para describirlas, la misma verdad con que reconozco las mías. Sí,
señor, amo a mi hija,
es mi amante, mi mujer, mi hermana y confidente, mi amiga, el único
bien que tengo
sobre la tierra, tiene todos los derechos que pueden obtener el
homenaje de mi corazón,
y todo lo que tengo se lo debo; estos sentimientos durarán tanto como
mi vida; por lo
tanto debo justificarlos, sin duda, puesto que no puedo renunciar a ellos.
La obligación
de un padre para con una hija es, y estaréis de acuerdo conmigo,
hacerla lo más feliz
posible; si no lo logra, ha fallado; si triunfa, queda protegido de todo
reproche. Yo ni
seduje ni forcé a Eugenia, no lo olvidéis; de ninguna manera le oculté el
mundo, le he
descrito las rosas del matrimonio junto con las espinas que la gente en
él encuentra;
después me ofrecí a ella, le permití que escogiera libremente, tuvo
mucho tiempo para
reflexionar; no vaciló en ningún momento; protestó que sólo podía
encontrar felicidad
en mí; ¿acaso me equivoqué al darle, para hacerla feliz, aquella que con
pleno
conocimiento de los hechos, ella parecía preferir sobre todas las cosas?”
“Vuestros argumentos nada justifican, señor; no 'deberíais permitir que
vuestra
hija viera que el ser a quien no puede preferir sin ser culpable se pudiera
transformar en
el objeto de su felicidad; por más hermoso que parezca un fruto, ¿no os
arrepentiríais de
ofrecerlo a alguien si estuvierais seguro que la muerte acecha dentro de
su pulpa? No,

señor, no sólo os habéis involucrado en esta desventurada conducta, y
habéis hecho de
vuestra hija la cómplice y la víctima; estas acciones son perdonables... y
esa mujer
virtuosa y sensible, cuyo pecho herís a vuestro placer, ¿qué daño os ha
hecho, qué mal,
oh, hombre injusto... que no sea adoraros?"

"Eso es lo que quería preguntaros, señor, y espero que en este sentido
confiéis en

mí; ¡tengo algún derecho a esperar lo, después de la franca manera en
que me habéis

visto aceptar las acusaciones que me habéis hecho!"

Entonces Franval mostró a Clervil las cartas falsificadas y los cheques
que le

atribuía a su esposa, mientras le aseguraba que nada era más genuino
que esos papeles y

las intrigas de madame de Franval con el hombre a quien estaban
dirigidos.

Clervil lo sabía todo.

"Pues bien, señor – le dijo con firmeza –, tenía razón al decir que un
error

considerado en primer término algo inofensivo, si nos acostumbramos a
ir más allá de

31

sus límites, pude llevarnos a los peores excesos en el delito y el mal.

Habéis comenzado

por una acción a la que no le dais mayor importancia, y ya veis todas las
infamias que

puede haceros cometer para justificarla u ocultarla... Creedme, señor,
arrojemos estos

documentos calumniosos e imperdonables al fuego y olvidémoslos por
completo, os lo

ruego."

"Estos papeles son genuinos, señor."

"Son falsos."

"Podéis dudar; ¿es eso suficiente como para contradecirme?"

"Permitidme, señor; sólo cuento con vuestra palabra de que son
genuinos, y no

interesa mucho sustentar vuestra acusación; mi creencia que esos
papeles son falsos se

debe a las palabras de vuestra esposa y si fueran genuinos, también a
ella le interesaría

decírmelo; es así como yo considero todo este asunto señor... El interés
por sí mismo

subyace a todo lo que los hombres hacen, y es el motivo más
importante de todas sus

acciones; siempre que lo descubro, la tea de la verdad brilla para mí;
esta regla nunca me
engañó, la he seguido cuarenta años; y además, ¿la virtud de vuestra
esposa no podría
abolir esta terrible calumnia ante todos? ¿Acaso alguien con su
franqueza, su candor, el
amor ardiente que todavía siente por vos podría permitirse una
conducta tan atroz? No,
señor, no, esos no son de ninguna manera el punto de partida del
pecado; puesto que
conocéis tan bien los resultados deberíais conocer cómo conducir mejor
los motivos.”

“¡Eso es injurioso, señor!”

“Perdonadme, la injusticia, la calumnia y la conducta licenciosa me
rebelan hasta
tal punto que no siempre puedo controlar la agitación en que esos
horrores me
sumergen; quememos estos papeles, señor, os lo pido nuevamente...
quemémoslos, por
vuestro honor y paz espiritual.”

‘Nunca pensé, señor – dijo Franval –, que alguien que ejerce vuestro
ministerio
pudiera convertirse tan fácilmente en excusador y protector de la mala
conducta y el
adulterio; mi esposa está ajando mi reputación me está arruinando, os lo
puedo probar;
¡sois tan ciego en lo que a ella concierne que preferís acusarme y
considerarme
calumniador antes que ver en ella una mujer infiel y libertina! Pues bien,
señor, la ley
decidirá; todos los tribunales de Francia se estremecerán con mi
acusación, presentaré
todas las pruebas, haré pública la deshonra que sufro, y entonces
veremos si seguís
siendo lo suficientemente amable o estúpido como para proteger a esa
vergonzosa
criatura en mi contra.

“Voy a retirarme, señor – dijo Clervil mientras se ponía de pie – Nunca
creí que la
perversidad de vuestra mente pudiera causar tanto deterioro en las
cualidades de vuestro

32

corazón, y que, cegado por una injusta venganza pudierais ser capaz de
sustentar a
sangre fría ciertas cosas que suelen conducir a la locura .. Ah, señor,
hasta qué punto me

convence todo esto más que nunca que cuando un hombre ha fracasado
en la más
sagrada de sus obligaciones, de inmediato se permite abolir todas las
otras... Si por
medio de la reflexión cambiáis de idea, condescended a hacérmelo
saber, señor, y
siempre encontraréis en vuestra familia y en mí, amigos dispuestos a
aceptaros...¿Me
permitiréis que vea un momento a vuestra hija?”
“Sí señor, y os exhorto a persuadirla por métodos más elocuentes o
recursos más
efectivos para ofrecerle esas verdades luminosas en las que yo tuve la
desgracia de ver
solamente oscuridad y ergotismo.”
Clervil entró en las dependencias de Eugenia. Lo estaba esperando,
vestida con el
deshabillé más seductor y elegante; una indecencia similar, debida a la
indulgencia y al
pecado, reinaba vergonzosamente en sus miradas y gestos, y la pérfida
niña que
arruinaba las gracias que la embellecían a pesar de todo, personificaba a
aquellas que
incitan al vicio y rechazan la virtud. Puesto que no es propio de una niña
adentrarse en
los profundos detalles de un filósofo como Franval, Eugenia se limitó a
ciertas
superficialidades; y gradualmente llegó a la extrema provocación; pero
pronto vio que su
arte para la seducción era inútil y que un hombre tan virtuoso como
aquel no podía caer
entre sus redes; se soltó hábilmente las prendas que ocultaban sus
encantos y apareció en
el mayor desorden antes que Clervil pudiera reaccionar.
“(Miserable) – se puso a gritar a voz en cuello – ¡Sacad a este monstruo
de aquí!
Y por favor, que mi padre no se entere de nada. ¡Dios mío! Yo esperaba
de él un consejo
piadoso... y el miserable ataca mi modestia... Ved – dijo a los sirvientes
que acudieron a
sus gritos –, ved en qué estado me ha puesto este hombre; éstos son los
que
amorosamente sostienen la divinidad que ultrajan; escándalo,
libertinaje, seducción, ése
es su modo de vida, y nosotros, engañados por su falsa virtud,
estúpidamente seguimos
reverenciándolos!”

Clervil se enfureció por esta reacción, pero logró ocultar su agitación; se
apartó
con calma de la muchedumbre que lo rodeaba.
Dijo tranquilamente: "Que el cielo perdone a esta desventurada niña...
que logre
mejorarla, y que nadie en su casa ataque su virtud más de lo que yo
hice... mi intención
no era destruirla sino darle nueva vida a su corazón.
Este fue el resultado que obtuvieron madame de Farneille y su hija de
las
negociaciones en que tanto habían confiado. Lejos estaban de darse
cuenta del deterioro
que el pecado produce en las mentes de los villanos; ciertas cosas que a
otros mejoran, a
ellos los empeoran, y en las mismas lecciones de la sabiduría descubren
estímulo para el
mal.

33

A partir de aquel momento, el antagonismo se hizo más intenso en
ambos bandos;
Franval y Eugenia vieron claramente que tenían que convencer a
madame de Franval de
sus malas acciones en forma que no le quedaran dudas; y madame de
Farneille y su hija,
planearon seriamente raptar a Eugenia. Mencionaron el plan a Clervil,
pero éste se negó
a participar de hechos tan violentos; según dijo, ya demasiado lo habían
utilizado en
aquel asunto como para ser capaz de nada que no fuera implorar que las
partes culpables
fueran perdonadas, cosa esta que hacía con insistencia, y se negó a
prestarle para
cualquier tipo de servicio o mediación. ¡Qué sentimientos sublimes! ¿Por
qué será tan
rara esa nobleza entre la gente de su profesión? ¿O por qué sufría tanto
este ejemplar
excepcional? Comencemos por las tratativas de Franval.

Valmont reapareció.

"Sois un tonto – le dijo el amante de Eugenia –, no merecéis ser mi
alumno; y os
apalearé ante los ojos de París si en segunda instancia no os conducís en
forma más
satisfactoria con mi esposa; debéis tomarla, amigo mío, pero realmente
tomarla, mis
propios ojos deben convencerse de su derrota... en otras palabras, debo
privar a esa

detestable criatura de todos los medios de excusa y defensa.”

“¿Y qué pensará si se resiste?”

“Usaréis la violencia... Me encargaré de que esté sola... Asustadla,
amenazadla,
¿qué importa eso? Consideraré cada medio de que os valgáis para el
triunfo como un
servicio que me hacéis.”

“Escuchad – dijo entonces Valmont –, acepto vuestra sugerencia y os
doy mi
palabra que vuestra esposa cederá, pero os exijo una condición, y nada
haré si me la
negáis; los celos no deben tener cabida en nuestros arreglos, como bien
sabéis; por eso
os pido que me permitáis disfrutar de un cuarto de hora con Eugenia...
no podéis
imaginar cómo me comportaré cuando haya tenido el placer de estar un
momento con
vuestra hija...”

“Pero Valmont...”

“Comprendo vuestros temores; pero si creéis que soy vuestro amigo no
los
excuso, sólo aspiro al placer de ver a Eugenia a solas y conversar con
ella un momento.

“Valmont – dijo Franval algo sorprendido –, ponéis un alto precio a
vuestros
servicios; conozco, como vos, lo absurdo de los celos, pero adoro a la
niña y prefiero
entregar mi fortuna antes que sus favores.”

“No aspiro a ellos, calmaos.”

34

Franval podía ver claramente que entre sus relaciones no había ninguna
persona
que pudiera servirle como Valmont, y estaba ansioso porque no se le
escapara de entre
las manos.

“Pues bien – le dijo algo enojado –, os repito que vuestros servicios son
costosos,
si os comportáis como espero os demostraré mi reconocimiento.”

“Oh, el reconocimiento sólo es el precio de los servicios honrosos; y
nunca lo
sentiréis por los que voy a realizar por vos; antes bien, nos disputaremos
antes de que
pasen dos meses... Vamos, amigo mío, sé como está hecho un hombre...
sus errores... y
fracasos...y las consecuencias que traen; colocad a esta criatura la peor
de todas, en la

situación que queráis y podré predecir el resultado con los datos que me
dais. Quiero que
me paguéis de antemano, o nada haré.”

“Acepto” – dijo Franval.

“Bueno – contestó Valmont –, todo depende ahora de vuestros deseos,
actuaré

cuando me lo pidáis.”

*“Necesito algunos días para prepararme – dijo Franval –, pero dentro de
cuatro,

como máximo, estaré con vos.”

Monsieur de Franval había criado a su hija de manera de estar seguro
que ningún

exceso de modestia la haría negarse a participar en los planes
arreglados con su amigo;

pero era celoso, Eugenia lo sabía; lo adoraba tanto como él la quería, y
admitió, cuando

supo lo que iba a pasar, que este tete-a-tete podría tener consecuencias
que ella temía.

Franval, que creía conocer a Valmont lo suficiente como para estar
seguro que él sólo

buscaba en todo esto un placer intelectual y no una pasión, alejó los
temores de su hija lo

mejor que pudo y se hicieron los preparativos.

En ese momento, Franval se enteró por los sirvientes por él pagados en
la casa de

su suegra, que Eugenia estaba en grave peligro y madame de Farneille
estaba a punto de

obtener una orden para detenerla. Franval no dudó que el complot era
obra de Clervil;

abandonó por un momento los planes con Valmont y se dedicó de lleno
a

desembarazarse del desdichado eclesiástico en quien veía el instigador
de todo. Gastó

algo de dinero, puso esa arma poderosa en todos los vicios en muchas
manos distintas; y

finalmente seis fieles villanos estuvieron de acuerdo en llevar a cabo sus
órdenes.

Una noche, cuando Clervil, quien a menudo cenaba en casa de madame
de

Farneille, salía solo y a pie, fue rodeado y apresado... le dijeron que eran
órdenes del

gobierno. Le entregaron una orden de captura, lo introdujeron en un
coche de posta y lo

llevaron a toda prisa al calabozo de un castillo apartado, propiedad de
Franval en las

profundidades de las Ardenas. El desdichado fue entregado al encargado
de este lugar

35

acusado de criminal que había tratado de quitar la vida a su amo; y se
tomaron

precauciones para evitar que la desgraciada víctima, cuyo único error
había sido su

indulgencia para quienes tan cruelmente lo habían ultrajado, pudiera
volver a ver

nuevamente la luz del día.

Madame de Farneille estaba desesperada. No dudaba que su yerno era
el culpable

de este hecho; los esfuerzos necesarios para encontrar a Clervil
atrasaron los

preparativos para el rapto de Eugenia; con pocas amistades y crédito se
hacía muy difícil

encarar ambos objetivos simultáneamente, pero la violenta acción de
Franval lo hizo

necesario. Sólo pensaban en el guía espiritual, pero toda búsqueda fue
vana; el villano

había trazado tan buenos planes que fue imposible hallar nada: Madame
de Franval no

osó hacer muchas preguntas a su marido, no se habían hablado desde la
última escena,

pero cuando los propios intereses son grandes, se destruyen las
consideraciones;

finalmente halló el coraje necesario para preguntarle a su tiránico
esposo si tenía la

intención, además de todos los malos designios que sobre ella pesaban,
de privar a su

madre del único amigo que tenía en el mundo. El monstruo se defendió;
su hipocresía lo

llevó a ofrecerse para realizar una búsqueda personalmente; al ver que
para prepararle el

terreno a Valmont debía suavizar el corazón de su esposa prometiéndole
hacerlo todo

por hallar a Clervil, prodigó sus lascivas caricias a esta pobre crédula, y
le aseguró que

por más infiel que le fuera, se le hacía imposible no adorarla en lo más
profundo de su

corazón, y madame de Franval, siempre dispuesta a la reconciliación y
las dulces

actitudes, también complacida por las cosas que la acercaban al hombre
que le era más

caro que la vida misma, condescendió a todos los deseos de su infiel
esposo, y los

compartió, sin osar aprovechar el momento, como hubiese debido
hacerlo para obtener
de él por lo menos una mejor conducta, que no sumiera a su infeliz
esposa en un abismo
de tormento y horror. Pero si hubiera tratado, ¿hubieran sido fructíferas
sus tentativas?
¿Acaso Franval, que era tan engañoso en todas las acciones de su vida
hubiera sido más
sincero en aquella, que según él, era sólo atrayente en 'bien de sus
ventajas materiales?
No hay duda que lo hubiera aceptado todo por el sólo placer de romper
todas sus
promesas, quizá hubiera llegado a querer que la gente le exigiera
juramentos, para poder
agregar los atractivos del perjurio a su horrible goce.
Franval, que estaba a la sazón muy a sus anchas sólo pensaba en
contrariar a los
demás; se comportaba de esta forma vengativa, desenfrenada e
impetuosa cuando se
sentía molestado; deseaba volver a tener su tranquilidad a todo precio,
y para obtenerla
adoptaba el único medio que haría que la perdiera nuevamente. Si la
obtenía empleaba
todas sus facultades morales y físicas para perjudicar a los demás; por
eso siempre estaba
agitado, tenía que anticiparse a las astucias que forzaba a los demás a
emplear, o de
lo contrario, usar-las personalmente contra los demás.
Todo fue arreglado para satisfacer a Valmont, y el tête-à-tête duró casi
una hora
en las dependencias de Eugenia.

36

Allí, en una habitación decorada, Eugenia, sobre un pedestal,
representaba a una
joven salvaje agotada por la caza, que se recostaba contra el tronco de
una palmera, las
ramas de la cual ocultaban una cantidad infinita de luces arregladas de
tal manera que
iluminaban los encantos de la hermosa niña destacándolos con el arte
más fino. El
pequeño teatro donde estaba de pie la estatua animada, estaba rodeado
por un canal, de
un metro ochenta de ancho y lleno de agua que hacía las veces de
barrera a la joven
salvaje y evitaba que nadie se le acercara por ninguno de los lados; en
el borde de este

foso estaba ubicado el sillón de Valmónt, al cual había atada una cuerda de seda. Si tiraba de la misma, podía hacer girar el pedestal de forma de poder ver el objeto de su adoración de todos lados, y tal era la postura del mismo que de cualquier forma que se lo hiciera girar, siempre ofrecía un aspecto agradable. Franval, oculto detrás de una decoración de hojas, podía observar simultáneamente a su amante y a su amigo, y la contemplación, como se había arreglado en el último encuentro debía durar media hora...

Valmont se ubicó... estaba embriagado; nunca, dijo, habían aparecido ante sus ojos tantos encantos. Cedió al éxtasis que lo embargaba, la cuerda se movía incesantemente para ofrecerle a cada instante una nueva atracción. No sabía cuál adorar, cuál preferir; ¡todo lo que con Eugenia se relacionaba era tan hermoso! Sin embargo, los minutos corrían, se van tan rápidamente en esas circunstancias. Sonó la hora, Valmont se entregó y una nube de incienso se elevó rápidamente de los pies de la diosa cuyo santuario le estaba prohibido. Una cortina de gasa descendió, había llegado el momento de partir.

“¿Estáis satisfecho?” – dijo Franval al unirse a su amigo.

“Es una criatura deliciosa – contestó Valmont – ; pero Franval, aceptad mi consejo, no os arriesguéis a algo parecido con otro hombre, y felicitaos por los sentimientos de mi corazón que os aseguran contra todo peligro.”

“Mi respuesta es – contestó Franval seriamente –, actuad lo más pronto posible.”

“Mañana prepararé a vuestra esposa... es necesaria una corta conversación preliminar... cuatro días después, podéis contar conmigo.”

Ambos se hicieron promesas recíprocas y se separaron. Pero era de esperar que después de semejante encuentro, Valmont no quisiera traicionar a madame de Franval o permitirle a su amigo una conquista que provocaba su envidia... Eugenia le había causado una impresión tan profunda que no podía renunciar a ella; estaba decidido a tenerla por esposa, cualquiera fuera el costo. Al meditarlo

cuidadosamente, con tal de no ser rechazado por la intriga de Eugenia
con su padre,
estaba seguro que su suerte sería la de Colunce, y estaba igualmente
justificado para
aspirar a la misma alianza; por eso pensó que al presentarse como
pretendiente no podía
ser rechazado y que si actuaba con energía, para lograr romper los
vínculos incestuosos
de Eugenia, prometiendo a la familia que triunfaría en esto, no podía
dejar de obtener el

37

objeto de su admiración... después de una pelea con Franval, con la
esperanza que su
propia valentía y astucia le permitirían ser el triunfador. Veinticuatro
horas fueron
suficientes para estas reflexiones y Valmont, con la cabeza llena de
estas ideas, fue a ver
a madame de Franval. Ella había sido prevenida; debemos recordar que
durante la última
entrevista con su esposo, casi se habían reconciliado, o, antes bien, al
haber cedido a los
insidiosos artificios de su infiel esposo, no podía negarse a ver a
Valmont. Había
discutido por el asunto de las cartas, las palabras e ideas de Franval;
pero este último,
quien ya no parecía interesarse por nada, le había asegurado con
firmeza que la forma
más segura de dar la impresión que todo era falsa o ya no existía, era
ver a su amigo
como de costumbre; si se negaba a hacerlo, le había dicho, estaría
justificando sus
sospechas; la mejor prueba que una mujer puede presentar de su honor
era seguir viendo
en público al hombre a quien se había mencionado como ligado a ella;
todo esto era
engañoso, madame de Franval lo sabía perfectamente, pero esperaba
obtener una
explicación de Valmont; su deseo de tenerla, sumado a su ansiedad por
no disgustar a su
esposo, le había hecho olvidar todo lo que desde un punto de vista
racional, hubiera
debido evitar que viera al joven. Valmont llegó y Franval los dejó
precipitadamente,
solos, como en la última ocasión: las explicaciones serían animadas y
largas; Valmont,
como poseído por sus ideas, cortó por lo sano y fue al grano.

“Madame – se apresuró a decir –, no me sigáis considerando el mismo
hombre
que se cubrió de culpa ante vuestros ojos la última vez que habló con
voz; en aquella
oportunidad yo era el cómplice de las malas acciones de vuestro esposo,
hoy vengo a
hacer una buena acción; pero confiad en mí, señora; os ruego aceptar
mi palabra de
honor que no vengo a mentiros ni a imponerme ante vos, de ninguna
manera.”
Luego admitió la historia de las cartas y documentos falsificados, y le
rogó que lo
perdonara por haberse prestado, previno a madame de Franval de los
nuevos horrores
que ahora se le exigirían, y para probar su franqueza, admitió sus
sentimientos por
Eugenia, divulgó lo que había tenido lugar, y le dijo que había decidido
poner fin a todo
aquello, raptar a Eugenia de manos de Franval y llevarla a Picardía, a
una de las
propiedades de madame de Farneille, si ambas damas le permitían
hacerlo y le
prometían como recompensa la mano de la niña que rescataría de la
perdición.
Las confesiones de Valmont parecían tan veraces, que madame de
Franval no
pudo evitar dejarse convencer; Valmont era un partido excelente para
su hija; ¿después
del comportamiento de Eugenia podía esperar tanto? Valmont se
responsabilizó por
todo, era el único medio de terminar con el modo de vida horrible y
criminal que era la
desesperación de madame de Franval; ¿no podría esperar además un
cambio en los
sentimientos de su esposo después del desenlace de la única intriga que
realmente podría
resultar peligrosa para ella y para él? Estas consideraciones la
decidieron, aceptó, pero
con la condición que Valmont le diera la palabra que no se batiría a
duelo con su esposo,
que se iría al extranjero después de haber devuelto a Eugenia a
madame de Farneille y se
38
quedaría allí hasta que Franval se consolara de la pérdida de su amor
ilícito y consintiera
al casamiento.

Valmont se encargó de todo; madame de Franval, por su parte,
respondía por la
reacción de su madre, le aseguró que no se opondría a los planes que
juntos estaban
trazando y Valmont se retiró después de volver a excusarse ante
madame de Franval por
haber sido capaz de actuar en su contra en todo lo que el des-honroso
marido le había
pedido. Madame de Farneille fue informada de todo y partió para
Picardía al día
siguiente, mientras Franval, arrastrado por el perpetuo torbellino de
placer. Que confiaba
plenamente en Valmont, y ya no temía a Clervil, cayó en la trampa que
había sido
preparada con la misma facilidad que tan a menudo esperaba ver en los
demás, cuando
él, a su vez quería tenderles un lazo.
Durante los últimos seis meses, Eugenia, quien ya tenía diecisiete años
había
salido sola muy a menudo o con unas pocas compañeras. Un día antes
que Valmont,
según el arreglo hecho con su amigo, debiera atacar a madame de
Franval, Eugenia salió
absolutamente sola para ver una nueva obra de la Comédie Française y
de allí partió para
reunirse con su padre en una casa donde habían decidido encontrarse,
de allí irían a otra
donde cenarían... Apenas había salido su carruaje del Faubourg Saint-
Germain, cuando
diez enmascarados detuvieron los caballos, abrieron las puertas,
tomaron a Eugenia y la
precipitaron en un coche de posta, al lado de Valmont, quien, a la vez
que hacía cuanto
podía para sofocar sus gritos, arrancó a toda prisa, y estuvo en las
afueras de París en
muy poco tiempo.
Lamentablemente, había sido imposible desembarazarse de los
sirvientes de
Eugenia y su carruaje, lo cual provocó que Franval fuera informado
inmediatamente.
Valmont había contado con la inseguridad de Franval en cuanto a la
dirección que había
tomado y con las dos o tres horas que necesitaría para partir. Bastaba
con que llegara a la
propiedad de madame de Farneille, porque allí dos mujeres de confianza
y un coche de

posta estarían esperando para llevar a Eugenia la frontera, y a un
escondrijo desconocido
hasta por Valmont, quien debería partir de inmediato a Holanda y
volvería para casarse
con la joven, tan pronto como madame de Farneille le hiciera saber que
ya no había
obstáculos; pero el destino hizo que estos planes fallaran, a causa de los
horribles
designios del villano Franval.

Cuando Franval se enteró, no perdió ni un momento, fue hasta la posta
más
próxima y averiguó para qué rutas se habían alquilado caballos desde
las seis de la tarde.

A las siete había partido un coche cerrado para Lyon y a las ocho un
coche había salido
a Picardía; Franval no vaciló, el carruaje para Lyon no le interesaba de
manera alguna,
pero un coche que se dirigía a la provincia donde madame de Farneille
poseía tierras...

ése debía ser, sería una locura dudarle; de inmediato hizo atar a su
carruaje los ocho
mejores caballos de la posta, hizo que sus sirvientes eligieran jacas,
compró y cargó
pistolas mientras ataban los caballos, y salió con la velocidad de una
flecha adonde el

39

amor, la desesperación y la venganza lo conducían. Mientras cambiaba
caballos en

Senlis supo que el coche que perseguía acababa de salir... Franval
ordenó partir a la
velocidad del rayo; dio alcance al coche, sus sirvientes y él mismo, con
las pistolas en la

mano, detuvieron el postillón de Valmont, y el impetuoso Franval, al
reconocer a su
adversario, le voló los sesos antes de que pudiera defenderse, arrancó a
Eugenia del

coche en estado inconsciente, de un salto trepó en el suyo, y estuvo de
regreso en París

antes de las diez de la mañana. Sin importarle mucho lo que había
ocurrido. Franval sólo
prestaba atención a Eugenia... ¿Acaso el traicionero Valmont no había
tratado de sacar
partido de las circunstancias? ¿Seguía siéndole fiel Eugenia y no había
sido mancillada

su culposa alianza? Mademoiselle de Franval tranquilizó a su padre.
Valmont sólo le

había esbozado sus planes y lleno de esperanzas de casarse pronto con
ella, se había
abstenido de desecrar el santuario ante el cual quería presentar un
homenaje inmaculado;
las palabras de Eugenia tranquilizaron a Franval... Pero su mujer...
¿estaba al tanto de
aquellas maquinaciones? Eugenia, que había tenido tiempo de
descubrirlo, le aseguró
que todo era obra de la madre, a quien aplicó numerosos adjetivos
odiosos, y que el
encuentro fatal, durante el cual Franval había estado seguro que
Valmont se preparaba
para servirle tan bien, había sido sin duda aquel durante el cual lo
habían traicionado de
la manera más vergonzosa.
“Ah – dijo Franval, furioso –, por qué no habrá tenido mil vidas... todas se
las
hubiera arrancado... una después de la otra... ¡Y mi esposa! ...cuando yo
trataba de
calmarla... fue la primera en engañarme... la criatura que todos
consideran tan amable...
ese ángel de virtud! Ah, traidora, traidora, pagarás caro tu crimen... mi
venganza
necesita sangre, y si es necesario iré a succionarla con mis propios
labios de tus pérdidas
venas... Calmaos, Eugenia – prosiguió Franval, en forma violenta –, sí,
calmaos,
necesitáis reposo, descansad algunas horas, yo me encargaré de esto.”
Sin embargo, madame de Farneille había apostado espías a lo largo del
camino y
pronto fue informada de todo lo que había pasado; como sabía que su
nieta había sido
traída y Valmont había sido muerto, regresó a París de inmediato.
Furiosa reunió a sus
consejeros; le dijeron que el asesinato del Valmont pronto pondría a
Franval en sus
manos; el crédito de éste, del que tanto temía, desaparecería
instantáneamente, y que
pronto volvería a asumir el control de su hija y de Eugenia; pero le
aconsejaron que
evitara la publicidad, y en caso de incurrir en una acción legal
destructiva, obtener una
orden que pusiera a su yerno bajo arresto. Franval fue informado de
inmediato de este
consejo y de las consecuencias que de él se seguirían; también se
enteró que el asunto

era del conocimiento del público y que su suegra estaba esperando su ruina para aprovechar la situación. Se apresuró a ir a Versalles, vio al ministro, le dijo todo, y recibió el consejo de ocultarse de inmediato en la propiedad que poseía en Alsacia, en el límite con Suiza. Franval volvió en seguida y, decidido a llevar a cabo su venganza, a castigar la traición de su mujer y de retener la posesión de cosas lo queridas por madame de Farneille como para que ésta no osara, por lo menos desde el punto de vista legal, actuar en su contra, decidió partir para Valmor, la propiedad adonde el ministro le había aconsejado ir, en compañía de su esposa e hija ... ¿pero madame de

40

Franval aceptaría? ¿al sentirse culpable de la traición que había conducido a todos estos acontecimientos, se atrevería a alejarse tanto? ¿Osaría confiarse a la protección de un marido ultrajado? Franval experimentaba cierta ansiedad por todo esto; para descubrir cuáles eran sus límites, se encaminó a las dependencias de su esposa. Ella ya estaba al tanto de todo.

“Señora – le dijo fríamente –, con vuestra arrojada indiscreción me habéis arrojado a un abismo de infortunio; critico los resultados y sin embargo apruebo la causa, que sin duda alguna es el amor que sentís por mí y por vuestra hija, y puesto que los primeros errores fueron cometidos por mí, debo olvidar los que siguieron. Querida y amante mía de mi vida – prosiguió, mientras se arrojaba a sus pies –, ¿aceptaríais una reconciliación que nada en el futuro podrá perjudicar? He venido a ofrecéroslo y éste es mi alegato...”

Entonces colocó frente a ella los papeles falsificados que se pretendía fuera la correspondencia con Valmont.

“Quemadlo todo, querida amiga, os lo ruego – continuó el traidor con lágrimas fingidas –, y olvidad lo que los celos me hicieron hacer, desterraremos la amargura que

hay entre nosotros; estaba equivocado, lo confieso; pero quién sabe si
 Valmont, para
 triunfar en sus intenciones, no me acusó más de lo que merezco ante
 vuestros ojos... Si
 se atrevió a decir que pude dejar de quereros... que no habéis sido
 siempre la criatura
 más preciosa y estimable del mundo para mí; ¡ah, ángel querido, si me
 ha acusado de
 tales calumnias, qué bien hice al privar al mundo de semejante
 tramposo e impostor!"

"Señor – dijo madame de Franval llorando –, ¿es posible concebir las
 atrocidades
 de que me hicisteis víctima? ¿Cómo podéis esperar que tenga confianza
 en vos después
 de tantos horrores?"

"¿Quiero que me sigáis queriendo, mujer amante y amable! Acusad a mi
 mente de
 mis faltas, pero con-venceos que mi corazón, sobre el cual siempre
 habéis reinado,
 nunca fue capaz de traicionaros..., sí, quiero que sepáis que cada error
 sólo ha servido
 para acercarme más a vos... ¡Cuanto más me alejaba de mi cara esposa,
 menos
 posibilidades veía de volver a encontrarla; ni los placeres ni los
 sentimientos pudieron
 igualar a aquellos que mi inconstancia me hizo perder, y en los brazos
 mismos de su
 imagen, lamentaba la realidad... Oh, amada y divina amiga, ¿dónde
 pudiera encontrar un
 alma como la vuestra? ¿Los favores que en vuestros brazos se
 encuentran? Sí, abjuro de
 mis errores... sólo para devolver a vuestro corazón herido el amor tan
 injustamente
 destruido por las malas acciones... de cuyo recuerdo abjuro también."

¿Era posible que madame de Franval se resistiera a las amorosas
 observaciones de
 un hombre a quien todavía adoraba? ¿Puede uno odiar a una persona a
 quien ha amado
 profundamente? ¿Una mujer atractiva con alma sutil y sensata puede
 quedarse impávida

41

cuando ve a sus pies al hombre que tan caro le ha sido, bañado en
 lágrimas? Los
 sollozos la invadían...

"Yo – dijo, mientras apretaba las manos del esposo contra su corazón...–,
 ¡yo, que

nunca dejé de adoraros, oh, hombre cruel! Yo soy la dueña del corazón
que rompéis. Ah.

El Cielo es mi testigo, de todos los látigos con los que me habéis
castigado, el temor de
haber perdido vuestro amor o de que sospecharais de mi, se hizo el más
doloroso de
todos... Y más aún, ¿quién elegisteis para ultrajarme? ¡A mi hija! Con sus
manos me
habéis hendido el corazón... ¿queréis forzarla a odiarla, cuando la
naturaleza la hizo tan
cara para mi existencia?"

"Ah – dijo Franval ardientemente –, quiero que volváis a quererla, quiero
que

abjure, de rodillas como yo lo hago, de su desvergüenza y malas
acciones... que pueda
ser perdonada, como yo. Ahora los tres sólo debemos pensar en nuestra
felicidad. Os

devolveré a vuestra hija... devolvedme a mi esposa... y huyamos."

"¡Huir, Dios mío!"

"Se habla de extravagancias... Mañana podré estar arruinado... Mis
amigos, el

ministro, todos me han aconsejado hacer un viaje a Valmor... ¿os
dignaréis
acompañarme, amor mío? ¿En el momento en que me postro para pedir
vuestro perdón

me romperéis el corazón negándoos?"

"Me asustáis, este asunto..."

"¡Es considerado como asesinato, no como duelo!"

"¡Oh, cielos! ¡Y yo soy la causa! Impartid vuestras órdenes: haced lo que
queráis

conmigo, amado esposo... Si es necesario os seguiré hasta el fin del
mundo... ¡Oh, soy la
más infeliz de las mujeres!"

"Decid en cambio la más afortunada, puesto que cada momento de mi
vida lo

dedicaré a transformar en flores las espinas sobre las que camináis...
¿Acaso un desierto

no es suficiente cuando uno está enamorado? Además, esto no durará
para siempre; mis
amigos han sido informados y actuarán."

"Y mi madre... quisiera verla..."

"Ah, no lo hagáis, querida amiga, tengo pruebas seguras que está
incitando a los

padres de Valmont... que ella mismo persigue mi caída..."

"Es incapaz de hacerlo; dejad de imaginar esos horrores; su alma está
hecha

para el amor y no conoció el engaño... nunca la habéis apreciado,
Franval... ¿Por qué no

42

habéis podido amarla como yo! Con ella hubiéramos encontrado
felicidad en este
mundo. Era el ángel de paz ofrecido por el cielo para enmendar los
errores de vuestro
modo de vida, vuestra injusticia rechazó su amor, que siempre estuvo
dispuesto a aceptar
vuestro afecto, y por medio de la indiscreción y el capricho, la ingratitud
y la licencia, os
habéis privado de la mejor y más afectuosa amiga que la naturaleza
creó para vos: ¿no
podré verla?"

"No, os ruego seriamente que no lo hagáis... ¡Los minutos son de oro! Le
escribiréis y le diréis de mi arrepentimiento... Quizá ceda a mi
remordimiento... quizá
algún día recupere su estima y amor; todo se arreglará, volveremos...
Volveremos para
gozar entre sus brazos de su perdón y afecto... Pera ahora, partamos,
querida... debemos
hacerlo en una hora y los carruajes nos esperan."

Madame de Franval estaba asustada y ya no osaba responder; se
preparó para la
partida: los deseos de Franval eran órdenes para ella. El traidor se
apresuró a hablar con
su hija y la llevó ante la madre; la engañosa criatura se postró frente a
ella en la misma
forma en que lo había hecho su padre: lloró, imploró su perdón y lo
obtuvo. Madame de
Franval la abrazó ¡es tan difícil olvidar que una es madre, por mucho que
un hijo la haya
herido!... La voz de la naturaleza es tan importante en un alma sensible,
que una sola
lágrima de esas sagradas criaturas es suficiente para hacernos olvidar
los errores y
equivocaciones por ellas cometidos.

Partieron para Valmor. La gran prisa con que se vieron obligados a viajar
justificó,
ante los ojos de madame de Franval, siempre crédula y ciega, los pocos
sirvientes que
llevaron con ellos. El crimen evita los ojos de los demás... les teme;
puesto que sólo
puede haber seguridad en el secreto, los criminales se rodean de
misterio cuando quieren
actuar.

En el campo, se cumplieron todas las promesas; atención constante,
consideración,
respeto y ternura por un lado... el amor más violento por el otro, toda
esta lascivia sedujo
a la desventurada madame de Franval... Lejos de todo, separada de su
madre, viviendo
en las profundidades de una horrible soledad, se sentía feliz porque
tenía, según decía, el
amor de su esposo y porque su hija, quien siempre estaba a su lado,
sólo se ocupaba de
complacerla.
Las dependencias de Eugenia y su padre ya no estaban contiguas;
Franval se
alojaba en el extremo del castillo y Eugenia cerca de su madre; y en
Valmor el decoro, la
buena conducta y la modestia reemplazaron en forma sorprendente
todas las licencias de
la capital. Todas las noches Franval visitaba a su esposa, y en medio de
la inocencia, la
candidez y el amor, el bribón se atrevía a alimentar esperanzas con su
vil conducta. Este
villano era lo suficientemente cruel como para no desarmarse con las
ardientes caricias
que le prodigaba permanentemente la más sensible de las mujeres, y en
la misma
antorcha del amor, él encendió la de la venganza.

43

Es fácil imaginar, sin embargo, que la atracción que Franval sentía por
Eugenia no
había disminuido. A la mañana, mientras su madre se arreglaba,
Eugenia se encontraba
con su padre en un rincón remoto del jardín, y de él obtenía la
información necesaria
sobre la manera de conducirse de un día para otro, y también los
favores que lejos estaba
de dejar enteramente en manos de su rival.
Apenas hacía una semana que estaban en aquella casa cuando Franval
supo que la
familia de Valmont había iniciado las acciones en su contra, y que el
asunto iba a ser
tratado con extrema seriedad; era imposible, aparentemente, hacerlo
pasar por duelo,
lamentablemente había habido demasiados testigos; además, también
le dijeron a
Franval, madame de Farneille estaba a la cabeza de los enemigos de su
yerno, y quería

completar su caída privándolo de la libertad o forzándolo a abandonar Francia, para volver a tener a su lado a los dos seres adorados que estaban separados de ella.

Franval mostró aquellas cartas a su esposa; ella de inmediato tomó la pluma para calmar a su madre y para describirle la felicidad de que, gozaba desde que la desventura había calmado el corazón de su infeliz esposo; además le aseguró a su madre que sería inútil persuadirla de volver a París con su hija, que ella estaba decidida a no salir de

Valmor hasta que se hubieran arreglado los asuntos de su esposo y que si la malicia de sus enemigos o lo absurdo de los fueros lo hacían pasible de una sentencia que pudiera dañar su reputación, estaba decidida a escapar de Francia con él. Franval agradeció a su esposa; pero como no estaba dispuesto a esperar lo que le

estaba destinado, le dijo que iría a pasar algún tiempo en Suiza, que dejaría a Eugenia con ella, y rogó a las dos no salir de Valmor hasta que el futuro fuera más claro; que volvería, pasara lo que pasara, para estar veinticuatro horas con su querida esposa para decidir juntos la forma de llegar a París, si nada lo impedía, o de lo contrario, de vivir seguros en algún lugar.

Una vez tomadas estas decisiones, Franval, que no había olvidado que la imprudencia de su esposa con Valmont era una de las causas de sus impedimentos, y que

sólo pensaba en la venganza, dijo a su hija que esperaría por ella del otro lado de la propiedad. Se encerró con ella en un pequeño pabellón y después de hacerle jurar la

obediencia más ciega a todo lo que le dijera, la besó y habló como sigue: “Vais a perderme, hija mía... Quizá para siempre...”

Eugenia rompió a llorar.

“Calmaos, ángel mío – le dijo –, el remedio para nuestra felicidad depende de vos,

y en Francia o en otra parte podremos ser felices, o casi, como lo fuimos. Espero,

Eugenia, que estaréis plenamente convencida que vuestra madre es la única causa de

todo nuestro infortunio, sabéis que no he olvidado la venganza; si se la he ocultado a mi

esposa, conocéis los motivos, los habéis aprobado, me habéis ayudado
 con vuestro
 prudente silencio; el final ha llegado, Eugenia; debemos actuar, vuestra
 paz espiritual
 depende de ello, y lo que vamos a emprender me asegura la mía para
 siempre; me
 comprendéis, espero, y sois demasiado inteligente para alarmaros por
 un momento por
 lo que os sugiero... Sí, hija mía, debemos actuar, debemos hacerlo de
 inmediato y sin
 sentir remordimientos, y vos debéis llevar a cabo el hecho. Vuestra
 madre trató de
 haceros infeliz, ha empeñado el amor que exige, ha perdido sus
 derechos al mismo;
 desde entonces, ella es para vos como cualquier otra mujer, se ha
 transformado en
 vuestra más mortal enemiga; las leyes de la naturaleza que están
 inscritas en nuestro
 corazón nos dictan que debemos desembarazarnos primeramente, si
 podemos, de
 aquellos que conspiran contra nosotros, estas leyes sagradas que nos
 dirigen e inspiran,
 no nos hacen amar a otras personas más que a nosotros mismos...
 Nosotros primero, los
 otros después, ésa es la ley de la naturaleza; como resultado, no queda
 respeto ni
 consideración para los otros cuando demuestran que nuestra infelicidad
 o caída es lo
 único que desean; actuar de otra manera, hija mía, significaría preferir
 los otros a
 nosotros mismos, y sería absurdo. Dediquémonos ahora a los motivos
 que deben
 determinar la acción que os aconsejo llevar a cabo.
 “Yo estoy forzado a partir de todas maneras, sabéis por qué; si os dejo
 con esta
 mujer, será convencida por su madre y dentro de va mes os llevará de
 regreso a París;
 puesto que el reciente escándalo os impedirá casaros, podéis estar
 segura que las dos
 crueles mujeres se impondrán sobre vos para ponerlos en un convento
 donde lloraréis
 para siempre vuestra debilidad y las delicias que hemos perdido.
 Vuestra abuela,
 Eugenia, es quien ha iniciado juicio en mi contra, quien se ha unido a
 mis enemigos para

completar mi caída; ¿acaso esas acciones pueden tener otro objetivo
que no sea volver a
ganaros y acaso podría tomaros sin encerraros? ¡Cuanto más se
deteriora mi posición,
más poder y crédito consiguen nuestros torturadores! Pero no debemos
dudar que
vuestra madre se halla a su cabeza, no debemos dudar que se sumará a
ellos tan pronto
como yo parta; pero sólo desean arruinarme para hacer de vos la más
desdichada de las
mujeres; por lo tanto, debemos debilitarlos sin tardanza, y su más
importante fuente de
energía terminará con la desaparición de madame de Franval. Si
actuamos de otra
manera y os llevo conmigo, vuestra madre se enojará y se unirá a su
madre de inmediato
a partir de ese momento, Eugenia, no habrá paz para nosotros, nos
buscarán y
perseguirán en todas partes, ni un solo país tendrá el derecho de
ofrecernos un lugar de
re-poso, ni un refugio sobre la faz de la tierra se volverá sagrado o
inviolable a los ojos
de los monstruos cuya rabia nos perseguirá; ¿desconocéis hasta qué
punto esas armas
odiosas del despotismo y la tiranía pueden llegar, cuando están pagadas
con oro y
dirigidas por el mal? Si vuestra madre muere, por el contrario, madame
de Farneille,
quien la ama más que a vos, y que de todo participa por su bien, al ver
privado a su
grupo del único ser que a él la liga, abandonará todo y ya no incitará a
mis enemigos o
los levantará en mi contra. Después de eso, una de las alternativas
prevalecerá: o se
arregla el asunto Valmont, y nada nos impedirá volver a París; o de lo
contrario se
decidirá en mi contra y nos veremos forzados a partir al extranjero pero
por lo menos
estaremos protegidos de los ataques de la Farneille, quien, mientras
nuestra madre siga
45
con vida, sólo se ocupará de nuestra desdicha porque, una vez más,
cree que la felicidad
de su hija sólo puede alcanzarse en nuestra caída.
“Desde cualquier punto de vista que miréis nuestra situación,
comprenderéis que

madame de Franval perturba nuestra paz espiritual, y su detestable
existencia es el
mayor obstáculo a nuestra felicidad.

“Eugenia, Eugenia –Franval prosiguió con ardor mientras tomaba la
mano de su
hija entre las suyas...–, querida Eugenia, me amáis, ¿acaso por temor a
un hecho esencial
para nuestros intereses, queréis perder para siempre al hombre que os
adora? Oh, querida
y adorada Eugenia, tomad una decisión, sólo podéis conservar a uno de
vuestros padres;
os veis forzada al parricidio, ahora sólo os basta escoger el corazón que
vuestro puñal
criminal atravesará; o vuestra madre debe perecer, o debéis renunciar a
mí... ¡Qué digo,
tendréis que matarme!... ¡Oh! ¿Podría yo vivir sin vos?... ¿Creéis que me
es posible
existir sin mi Eugenia? ¿Podría resistir el recuerdo de los placeres de que
gocé en
vuestros brazos?... ¿Esos deliciosos placeres perdidos para mis sentidos
para siempre?
Vuestro crimen, Eugenia, vuestro crimen es el mismo en ambos casos; o
destruís a una
madre que os odia y que sólo vive para provocar vuestra desdicha, o
deberéis asesinar a
un padre que sólo existe para vos. Elegid, elegid, Eugenia, y si soy yo a
quien condenáis,
no vaciléis, desagradecida niña, hended sin piedad a este corazón cuyo
único error fue
amaros demasiado. bendeciré los golpes que provengan de vuestra
mano y mi último
suspiro será para adoraros.”

Franval guardó silencio para escuchar la respuesta de su hija; pero
profundos
pensamientos parecían hacerla vacilar... Finalmente se arrojó a los
brazos de su padre.
“Oh, vos, a quien toda mi vida amaré –gritó–, ¿podéis poner en duda mi
decisión?
¿Podéis sospechar que me falta valentía? Poned de inmediato un arma
entre mis manos,
y la que está proscrita por sus propios hechos horribles, y la necesidad
de vuestra
seguridad, pronto caerá bajo mis golpes; instruidme, Franval, decidme lo
que he de
hacer, puesto que esto es esencial para vuestra paz espiritual, actuaré
durante vuestra

ausencia, os informaré de todo; pero pase lo que pase... tan pronto
como vuestro
enemigo sea destruido, no me dejéis sola en este castillo, insisto... venid
y llevadme o
decidme dónde puedo unirme a vos."

"Adorada hija -dijo Franval, mientras abrazaba a ese monstruo a quien
había

seducido demasiado-, sabía que encontraría en vos todos los
sentimientos de amor y
determinación necesarios para nuestra felicidad... Tomad esta caja... La
muerte duerme
en ella..."

Eugenia tomó la caja fatal y tranquilizó a su padre; se tomaron otras
decisiones; se

arregló que ella esperaría los resultados del juicio, y que el crimen
proyectado tendría
lugar o no, según qué se decidiera a favor o en contra de su padre. Se
separaron, Franval

46

vio a su esposa, llevó su audacia e hipocresía al punto de llorar
amargamente frente a
ella hasta que recibió la caricia inocente y emocionada de este ángel
celestial. Luego,
cuando se llegó al acuerdo que ella se quedaría definitivamente en
Alsacia con su hija,
cual fuera el resultado de la acción legal, el villano montó su caballo y
partió, lejos de la
inocencia y la virtud que habían sido tan mancilladas por sus pecados.
Franval se estableció en Basilea, para estar a salvo de la acción judicial
que se

podría tomar en su contra y al mismo tiempo quedar lo más cerca
posible de Valmor, de
forma que aunque se notara su ausencia, sus cartas pudieran mantener
a Eugenia en el
estado de ánimo que él quería. Había unas veinticinco leguas de Basilea
a Valmor, pero
las comunicaciones eran lo suficientemente fáciles, aunque atravesaban
la Selva Negra,
para que él recibiera noticias de su hija una vez por semana. En caso de
emergencia,

Franval había llevado consigo grandes sumas de dinero, pero más en
billetes que en

plata. Dejémoslo que se instale en Suiza y volvamos a su esposa.
Nada podía ser más puro y sincero que las intenciones de esta notable
mujer;

había prometido a su esposo permanecer en la propiedad campestre
hasta que aquél le
diera nuevas órdenes; nada podría hacerle cambiar de idea, se lo repetía
a Eugenia todos
los días... Lamentablemente, Eugenia estaba demasiado lejos para sentir
la confianza que
esta honrosa madre debía inspirarle; todavía compartía con Franval una
actitud injusta -
sentimiento que mantenía vivo en sus cartas- e imaginaba que no podía
tener enemigo
en el mundo que fuera peor que su madre. Sin embargo, no había nada
que esta última
no hiciera para vencer la invencible lejanía que la desagradecida niña
conservaba en el
fondo de su corazón; la madre la abrumaba de caricias y amor,
afectuosamente le
participaba sus esperanzas de un pronto regreso de Franval, empleando
amabilidad y
cumplidos al punto de agradecerle a veces a Eugenia y permitirle todo el
mérito de la
feliz conversión; luego expresaba su desconsuelo por haber sido la
causa inocente de las
nuevas desgracias que acechaban a Franval; lejos de acusar a Eugenia,
se culpaba a ella
misma y, a la vez que la apretaba contra su pecho, le preguntaba
llorando si alguna vez
podría perdonarla... Eugenia se resistía a estas observaciones
angelicales, aquel corazón
perverso ya no escuchaba a la voz de la naturaleza, el vicio había
bloqueado todos los
caminos que hubieran podido conducir a él... Se apartaba fríamente de
los brazos de su
madre, la miraba con los ojos algo salvajes, y pensaba, para darse
coraje: Cuán falsa es
esta mujer... cuán traicionera... me abrazó de la misma forma el día que
me raptó. Pero
estos injustos reproches eran sólo el abominable ergotismo con que los
criminales se
sostienen, cuando quieren acallar la voz de la obligación. Cuando había
raptado a
Eugenia, por el bien de su felicidad y su propia paz espiritual y en interés
de la virtud,
madame de Franval había logrado ocultar su acción, tales fingimientos
sólo son
desaprobados por la persona culpable a quien engañan, no ofenden al
virtuoso. Eugenia

soportaba todo el afecto de madame de Franval porque quería cometer
un horrible hecho
y de ninguna manera a causa de los errores de una madre que
ciertamente ninguno había
cometido en contra de su hija.

47

Casi al terminar el primer mes en Valmor, madame de Farneille escribió
a su hija
que el juicio en contra de su esposo se estaba poniendo
extremadamente serio, y que
dado que existía el peligro que fuera condenado, el regreso de madame
de Franval y
Eugenia se hacía necesario, tanto para impresionar al público, que decía
las peores
cosas, como para unirse a ella para solicitar un arreglo que pudiera
desarmar a la justicia
y tratar a la parte culpable sin sentenciarlo a muerte.
Madame de Franval, que había decidido no guardar secretos a su hija, le
mostró la
carta de inmediato; Eugenia miró fijamente a su madre y le preguntó
con frialdad, ¿qué
actitud pensaba tomar al recibir tan tristes noticias?
“No lo sé – replicó madame de Franval –, en realidad, ¿qué finalidad
tiene que nos
quedemos aquí? ¿No será mil veces más útil a mi esposo que
aceptáramos el consejo de
mi madre?”
“Vos estáis a cargo, madame –contestó Eugenia–, yo me limitaré a hacer
lo que
digáis, y os obedeceré.”
Pero madame de Franval, al darse cuenta por el tono de su hija que esta
decisión
no le agradaba, dijo que seguiría esperando, que volvería a escribir, y
que Eugenia podía
estar segura que si no cumplía con los deseos de Franval, era sólo por la
certeza que
podría serle más útil en París que en Valmor.
Otro mes pasó durante el cual Franval no cesó de escribir a su esposa e
hija, ni de
recibir de ellas las cartas más complacientes, puesto que veía en las de
la primera una
perfecta obediencia a sus deseos, y en las de la segunda la más
completa determinación a
ejecutar el crimen proyectado, tan pronto como los acontecimientos lo
exigieran, o tan

pronto como madame de Franval pareciera ceder a las demandas de su madre; “por qué
-decía Eugenia en sus cartas- si nada veo en vuestra esposa salvo rectitud y honestidad,
y los amigos que vigilan vuestros asuntos en París logran arreglar los asuntos
satisfactoriamente, depositaré en vuestras manos la tarea que me habéis confiado, y la
llevaréis a cabo vos mismo cuando estemos juntos, si consideráis que es el momento
oportuno, a menos que me ordenéis actuar en cualquier caso, y lo halláis indispensable,
entonces asumiré toda la responsabilidad, de ello podéis estar seguro.”
Franval concedió su aprobación en su respuesta a todo lo que la hija le dijo, y ésa
fue la última carta
que recibió de ella y la última que escribió. El siguiente correo no trajo ninguna;
Franval estaba ansioso; en el próximo correo no tuvo mejor suerte, se desesperó, y
puesto que su agitación natural no le permitía seguir esperando, trazó el plan de ir a
Valmor personalmente para conocer la causa de los atrasos que tan cruelmente lo atormentaban. Montó a caballo, seguido de un fiel criado; debía arribar dos días más

48

tarde, muy adentrada la noche para que nadie lo reconociera; a la entrada de los bosques
que rodean el castillo de Valmor, que se unen a la Selva Negra hacia el este, seis
hombres armados detuvieron a Franval y a su lacayo; le exigieron su talega; los
delincuentes estaban bien informados, sabían con quién estaban hablando, sabían que
Franval, que estaba pasando por dificultades, nunca se desplazaba sin dinero y una gran
cantidad de oro... El criado ofreció resistencia y cayó sin vida al lado de su caballo;
Franval, con la espada en la mano, se apeó, se precipitó sobre los desdichados, hirió a
tres de ellos y se vio rodeado por los restantes; le robaron cuanto tenía, y aunque no
lograron arrancarle el arma, los ladrones huyeron tan pronto como lo despojaron;

Franval los siguió, pero ellos eran veloces como el viento a pesar del
botín y los caballos
y fue imposible saber qué dirección habían tomado.
Era una noche horrible, soplaban el viento norte y había granizo... todos
los
elementos parecían haberse desencadenado en contra de este hombre...
Hay casos en que
la naturaleza se rebela ante los crímenes del hombre que persigue y
desea abrumarlo,
antes de volver a tomarlo para sí, con todos los flagelos que tiene en su
poder... Franval,
medio desnudo, pero sosteniendo todavía en la mano su espada, salió
de este lugar fatal
lo mejor que pudo y se encaminó hacia Valmor. No conocía muy bien los
alrededores de
una propiedad que sólo había conocido recientemente, y se perdió entre
los oscuros
senderos del bosque que le eran totalmente desconocidos... Muerto de
cansancio y
dolor... devorado por la ansiedad, torturado por la tormenta, se arrojó al
suelo y allí
aparecieron en sus ojos las primeras lágrimas que derramaba en su
vida...
"Soy un desgraciado -gritaba-, ahora todo se combina para
aplastarme... para
hacerme sentir remordimientos... la mano de la desventura hace que
éstos penetren mi
alma; engañado por los placeres de la prosperidad, nunca los tuve en
cuenta... ¿Oh, vos,
a quien tan penosamente he ultrajado, vos que quizá en este momento
ya os habréis
convertido en víctima de mi furia bárbara!... Esposa adorada... el mundo
se glorificó con
vuestra existencia, ¿todavía cuenta con ella? ¿La mano del cielo ya ha
terminado con
mis horribles empresas? ¡Eugenia! Hija demasiado crédula...
indignamente seducida por
mis horribles artificios..., ¿la naturaleza ha calmado vuestro corazón?
¿Han terminado ya
los crueles efectos de mi ascendencia y vuestra debilidad? ¿Ha llegado
el momento? ¿Ha
llegado el momento, justo cielo?"
De repente, el plañidero y majestuoso sonido de varias campanas que
sonaban
lúgubremente hacia las nubes, se sumó el horror de su destino... Se
alarmó y sintió

miedo.

“¿Qué oigo? –gritó, mientras se ponía de pie...-. Bárbara niña... ¿es la muerte? ¿Es la venganza? ¿Son ésas las furias del infierno que llegan a completar su trabajo? ¿Qué me dicen esos sonidos? ¿Dónde estoy? ¿Los oigo? Oh, cielo, completa el castigo de mi culpa...”

49

“Dios todopoderoso –gritó al postrarse-, déjame que sufriente sume mi voz a las de los que te imploran en este momento... mira mi remordimiento y Tu poder, perdóname por haberte descuidado... y dignate concederme los deseos... ¡Los primeros deseos que me atrevo a presentarte! Ser Supremo... protege la virtud, protege a quien tiene de Ti la más hermosa imagen en éste mundo; que esos sonidos, ¡ay!, esos melancólicos sonidos, no sean los que temo.”

Y Franval, que estaba perdido, sin saber lo que hacía ni adónde iba, mientras profería palabras incoherentes, se encaminó por el sendero que ante él se extendía.

Luego oyó a alguien, volvió en sí, prestó atención... Era un jinete... “Quien seáis –gritó Franval, mientras se dirigía hacia él...-, quien quiera que seáis, compadeceos de un hombre desdichado a quien la pena descarría .. Estoy dispuesto a matarme... Decidme, ayudadme, si sois un hombre que puede conmiserarse... Dignaos salvarme de mí mismo.”

“¡Cielos! –replicó una voz harto conocida por Franval -, ¡qué, vos aquí... Cielos, alejaos!”

Y Clervil... era él, era aquel digno mortal que había escapado de las cadenas de

Franval, a quien el destino enviaba hacia el desventurado, en el momento más triste de

su vida... Clervil se apeó del caballo y se lanzó a los brazos de su enemigo.

“¿Sois vos, señor? –preguntó Franval mientras estrechaba al sacerdote contra su

pecho-, ¿sois vos, ante quien debo reprocharme tan horribles hechos?”

“Calmaos, señor, calmaos; me estoy liberando de las desgracias que hasta hoy me

rodearon, ya no recuerdo cuales me trajeron, si el Cielo me permite
seros útil... y os seré
útil, en una forma cruel, sin duda, pero necesaria... Sentémonos...
echémonos a los pies
de este ciprés, sólo sus dolientes hojas pueden hacer ahora una corona
que os
convenga... ¡Oh, querido Franval, cuántas desgracias debo narraros!
Llorad, amigo
querido, las lágrimas os aliviarán, y todavía debo exprimir lágrimas más
amargas de
vuestros ojos... Los días de placer han terminado... para vos han
desaparecido como un
sueño, sólo os quedan los días de sufrimiento.”
“Señor, os comprendo... esas campanas...”
“Llevarán a los pies del Ser Supremo... el homenaje y votos de los
acongojados
habitantes de Valmor, a quienes el Eterno solo permite conocer un ángel
para
compadecerse de él...”
Franval volvió la punta de la espada contra su pecho y a punto estuvo
de terminar
con su vida. Pero Clervil evitó este furioso hecho.

50

“No, no, amigo mío -gritó-, no debéis morir sino hacer buenas acciones.
Escuchadme, tengo mucho que deciros, y se necesita calma para
escucharlo.”

“Hablad, señor, os escucho; enterrad lentamente el puñal en mi corazón,
corresponde que yo sea atormentado en la misma forma que traté de
hacerlo con los
demás.”

“Seré breve en lo que me concierne, señor -dijo Clervil-. Después de
algunos
meses de horrible prisión en la que me sumergisteis, tuve la suerte de
poder influir a mi
carcelero; me abrió las puertas; le pedí esconder con el mayor cuidado
la injusticia que
os habíais permitido en mi contra. No hablaré de ello, señor, querido
Franval, nunca
hablaré de ello.”

“Oh, señor.”

“Escuchadme, os repito, tengo muchas otras cosas que contaros. Una
vez que
volví a París, supe de vuestra huída... vuestra partida... compartí las
lágrimas de madame
de Farneille... Eran más sinceras de lo que podréis creer; me uní a esta
digna mujer para

influir sobre madame de Franela para que nos entregara a Eugenia, su
presencia era más
necesaria en París que en Alsacia... Le habíais prohibido salir de
Valmor... os obedeció,
nos mandó estas órdenes, nos habló de su renuncia a desobedeceros;
vaciló tanto como
pudo... fuiste condenado a muerte, Franval, esa condena pesa sobre
vos. Vas a ser
decapitado, como si fuerais asaltante de caminos: ni los ruegos de
madame de Farneille
ni la dedicación de vuestros parientes y amigos pudieron apartar de vos
la espada de la
justicia; habéis sucumbido, estáis destruido para siempre... arruinado...
vuestras
pertenencias han sido embargadas... -Franval se enfureció por segunda
vez-.

“Escuchadme señor, escuchadme, os pido como reparación de vuestros
crímenes, os
ruego en nombre del Cielo que vuestro arrepentimiento puede todavía
desarmar. En
aquel momento escribimos a madame de Franval, le dijimos todo; su
madre le informó
que como su presencia se hacía indispensable, me enviaba a Valmor
para ayudarla a
decidir una partida definitiva; partí inmediatamente después que la
carta; pero
lamentablemente llegó antes que yo; era demasiado tarde cuando
arribé... vuestro
horrible complot había tenido gran éxito; encontré a madame de Franval
moribunda...
¡Oh, señor, qué mujer ruin! Pero vuestro estado actual me conmueve,
dejo de
reprocharos vuestros crímenes. Escuchadlo todo. Eugenia no podía
soportar aquello su
arrepentimiento, cuando yo llegué se evidencia en lágrimas y amargos
sollozos... Oh,
señor, cómo puedo describiros los crueles efectos de esas situaciones...
Vuestra esposa
moribunda... desfigurada por las convulsiones y el sufrimiento...
Eugenia, por una vez
con sentimientos naturales, profería horribles gritos, se acusaba,
invocaba la muerte y
deseaba quitarse la vida a los pies de aquellos a quienes imploraba, y se
aferraba al
pecho de su madre, trataba de recibirla con su aliento, calentarla con
sus lágrimas,

conmoverla con sus remordimientos; ese fue, señor, el terrible
espectáculo que
encontraron mis ojos cuando entré en vuestras dependencias, madame
de Franval me

51

reconoció... me apretó las manos... las mojé con sus lágrimas, pronunció
algunas

palabras que escuché con dificultad, apenas podían oírse a causa de las
palpitaciones

provocadas por el veneno... se excusó ante mí... imploró al cielo por
vos... sobre todas

las cosas rogó por el perdón de su hija... Ya veis, bárbaro, los últimos
pensamientos, los

últimos votos de aquella que destruís fueron por vuestra felicidad. Le
brindé todos mis

cuidados; impartí órdenes entre vuestros sirvientes, llamé a los más
renombrados

médicos... traté de consolar a vuestra Eugenia; conmovido por su
horrible estado, pensé

que no podía negarle consuelo; pero fracasé; vuestra esposa expiró
entre temblores e

indescriptibles tormentos... en ese último momento, señor, puede
presenciar uno de los

repentinos efectos del remordimiento que hasta ese momento había
desconocido.

Eugenia se precipitó sobre su madre y murió con ella; creímos que sólo
se había

desvanecido... No, todas sus facultades se habían extinguido; sus
órganos habían sido

absorbidos por la situación y habían sido aniquilados al mismo tiempo,
había muerto

realmente, de remordimiento, de pena y desesperación... Si, señor, las
habéis perdido a

ambas; y las campanas que todavía tañen son en honor
simultáneamente a dos criaturas,

ambas creadas para vuestra felicidad, a quienes vuestros crímenes han
hecho víctimas de

su apego a vos, y sus imágenes, manchadas de sangre, os perseguirán
hasta la tumba,

"¿Oh, querido Franval, estaba equivocado cuando os urgí en el pasado
para que

salierais del abismo adonde vuestras pasiones os arrojaban; y vais a
acusar y despreciar a

aquellos que se ponen de parte de la virtud? ¿Se equivocan al pagar
tributo en su

santuario cuando ven el pecado rodeado de tantos problemas y
flagelos?”
Clervil guardó silencio. Miró a Franval; lo vio petrificado por la pena; sus
ojos
estaban fijos y las lágrimas caían en ellos, pero sus labios carecían de
expresión. Clervil
le preguntó por qué estaba casi desnudo, y Franval le explicó
brevemente.
“Señor –gritó este generoso mortal–, cuán feliz soy, aún en medio de los
horrores
que me rodean, de poder por lo menos mitigar vuestro estado. Iba a
veros a Basilea. Iba
a deciros todo, iba a ofreceros lo poco que poseo... aceptadlo, os lo
ruego; no soy rico, lo
sabéis, pero aquí hay cien luises, son mis ahorros y todo lo que poseo...
os ruego que...
“Generoso hombre –gritó Franval mientras abrazaba las rodillas de este
raro
amigo–, ¿me los dais? Cielo, ¡acaso necesito algo después de las
pérdidas que he
sufrido! Y vos, a quien tal mal he tratado... vos acudís en mi ayuda.”
“¿Debemos recordar los insultos cuando la desgracia abrumba a quien
nos ha
insultado? La venganza que en este caso se le debe infligir, es
consolarlo; ¿y por qué
abrumarlo nuevamente cuando sus reproches nos despedazan?... Señor,
es la voz de la
naturaleza; podéis ver claramente que la sagrada adoración de un Ser
Supremo no la
contradice como solíais imaginar, puesto que el consejo que uno inspira
es la sagrada ley
de la otra.”

52

“No –replicó Franval mientras se ponía de pie– ; no, señor, ya nada
necesito; al
dejarme el Cielo esta última posesión –dijo mientras señalaba su
espada–, me enseña el
uso que de ella debo hacer... –la observó– es la misma, sí, querido y
único amigo, es la
misma arma que mi angelical esposa tomó una vez para hundir en su
pecho, cuando la
abrumada con mis horrores y calumnias... es la misma... quizá
encuentre todavía en ella
alguna huella de su sangre sagrada... la mía propia deberá borrarla...
sigamos

caminando... hasta llegar a un chalet donde pueda confiaros mis últimos deseos... y

luego nos separaremos para siempre.”

Siguieron caminando. Buscaron un atajo que pudiera llevarlos a alguna casa... La

noche todavía envolvía los bosques oscuros... se escuchaban cánticos melancólicos, la

luz tenue de las teas dispersó de repente la oscuridad y tiñó todo de un brillo de horror

que sólo podía ser concebido por almas sensibles; el sonido de las campanas aumentó; a

estos sonidos penosos, que todavía se oían apenas, se sumó el trueno que hasta ese

momento había guardado silencio, y fundió sus rugidos con los fúnebres sonidos. El

rayo que siguió al trueno, y que eclipsó por un momento la luz siniestra de las antorchas,

parecía disputar con los habitantes de la tierra el derecho de conducir a la tumba a la

mujer acompañada por ese cortejo; todo inspiraba horror, todo era desolación... parecía

el luto eterno de la naturaleza.

“¿Qué es eso?” –gritó Franval, emocionado.

“Nada” –contestó Clervil, mientras lo tomaba de la mano y lo desviaba del

sendero.

“¿Nada? Me engañáis, quiero ver qué es eso.”

Se apresuró... vio un ataúd:

“¿Dios mío! –gritó–, es ella, es ella, que Dios me permita volver a verla...”

A pedido de Clervil, quien vio que era imposible calmar a aquel infeliz, los

sacerdotes se alejaron en silencio... Pero Franval se arrojó sobre el ataúd, sacó de él los

tristes restos que tan profundamente había ofendido; tomó el cuerpo entre sus brazos, lo

depositó al pie de un árbol, y se tendió sobre él llevado por el delirio de la

desesperación.

“Oh, vos –gritó fuera de sí–, cuya vida extinguí con mis bárbaros hechos, criatura

que todavía idolatro, mirad a vuestro esposo que se atreve a rogar a vuestros pies que lo

perdonéis; no creáis que lo hago para reviviros, no, es para que el Dios Eterno,

conmovido por vuestras virtudes, pueda condescender a perdonarme
como os perdona...
necesitáis derramamiento de sangre querida esposa, la necesitáis para
ser vengada... lo
seréis... mirad mis lágrimas, y mi arrepentimiento, voy a seguiros,
sombra adorada...

53

pero ¿quien recibirá mi alma asesina si no intercedéis por mí?
Rechazado por Dios como
por vos misma, queréis que sea condenado a terribles tormentos en el
infierno, cuando
me arrepiento tan sinceramente de mis pecados? Perdonadlos, corazón
amado, y ved
ahora como los vengo.”

Con estas palabras, Franval escapó de Clervil y atravesó su cuerpo dos
veces con
la espada que sostenía; su sangre impura cubrió a la víctima y más
pareció envilecerla
que vengarla.

“Oh, amigo mío -le dijo a Clervil-, me muero, pero en medio del
remordimiento...

Hablad a los que quedan, de mi deplorable final y de mis crímenes,
decidles que es así
como el esclavo melancólico de las pasiones debe morir, el que ha sido
lo

suficientemente bajo como para sofocar en su corazón el clamor del
deber y la
naturaleza. Permitidme compartir el ataúd de mi desventurada esposa,
sin mi
remordimiento también lo hubiera merecido, pero todo esto me hace
digno de él, y yo lo
pido. Adiós.”

Clervil ejecutó los deseos del infeliz, el cortejo se puso nuevamente en
camino;
pronto un lugar de descanso eterno engulló para siempre a los esposos
que habían nacido
para amarse, hechos para la felicidad, y que hubieran podido gozar de
ella sin

remordimiento si el crimen y sus temibles desórdenes, bajo la mano
culpable de uno de
ellos, no hubiera transformado en serpiente todas las rosas de su vida.
El honrado eclesiástico pronto hizo llegar a París los horribles detalles de
las
distintas catástrofes. Nadie se inmutó por la muerte de Franval, su vida
había traído

tantos trastornos, pero su esposa fue lamentada muy amargamente
¿acaso pudiera haber
otra criatura más preciosa y atractiva ante los ojos del mundo, que ésta
que sólo había
valorado, respetado y cultivado las virtudes terrenas para encontrar, a
cada paso,
desventuras y penas.

D. A. F. Marqués de Sade